

UNIVERSIDAD DE SEVILLA FACULTAD DE COMUNICACIÓN



TRABAJO DE FIN DE GRADO GRADO EN PERIODISMO

Título: Pisadas en el barro. Trabajo de creación teórico-práctico
Alumna: María Cristina Sobrino Calado
Tutora: Pilar Bellido Navarro
Curso académico: 2015-2016

ÍNDICE

1. Introducción.....	1
1.1. ¿Por qué he elegido un trabajo de creación?.....	1
1.2. Objetivos del trabajo.....	1-3
1.3. Estructura.....	3-4
1.4. Reflexión bibliográfica.....	4-5
2. Memoria justificativa: creación de un relato sobre la memoria histórica...6	
2.1 Memoria Histórica en España	6-14
2.2 Búsqueda en los archivos: elección del tema	14-15
2.3 Poniéndoles nombres y apellidos: los personajes	16-22
2.4 Haciendo memoria: inicio, nudo y desenlace.....	22-23
2.5 Un viaje de ochenta años en unos meses: la composición, el espacio y la acción.....	23-24
2.6 Futuro para el pasado: conclusiones.....	24-25
3. Bibliografía.....	26
3.1 Bibliografía citada.....	26-27
3.2 Bibliografía consultada.....	28-32
4. Pisadas en el barro.....	33-72
Capítulo 1: Ana.....	34-41
Capítulo 2: Desempolvando recuerdos.....	42-52
Capítulo 3: Removiendo la tierra.....	53-61
Capítulo 4: Memoria para el olvido.....	62-72

1. Introducción

1.1 ¿Por qué he elegido un trabajo de creación?

El Trabajo de Fin de Grado supone un reto para los estudiantes por diversos motivos: porque es el momento en el que después de cuatro años de estudio y aprendizaje, el alumno de periodismo tiene que mostrar ante un tribunal parte de los conocimientos que ha adquirido y plasmado anteriormente en papel; porque debe ser un acto de maduración, no sólo porque supone el final de una etapa, sino también porque parte de una decisión propia de la temática, e incluso del tutor; y porque por norma general, es el último paso antes de finalizar la carrera universitaria, es decir, es el paso anterior a salir al mundo laboral.

En mi caso, ya desde el curso pasado tuve muy claro que me apetecía hacer un trabajo de creación, ya que me veo más cómoda al considerar la manera de trabajar más libre. Además, la posibilidad de que en un futuro la escritura creativa fuese una de las formas de ganarme la vida me parece atractiva, a la vez que complicada. Por otra parte, hacer un trabajo de esta clase me servía también para depurar mi redacción, que en principio era bastante farragosa.

Una vez que escogí trabajar la creación, me decanté por la prosa para elaborar un relato de ficción, que parte de una base real. La inspiración de mi narración se encuentra en las novelas realistas actuales, en concreto, en aquellas catalogadas como sociales y de la memoria histórica, siendo esta última categoría mi referencia.

En conclusión, con este trabajo pretendo reflejar parte de los conocimientos que he adquirido durante la carrera, pero también buscar una salida para mis inquietudes creativas y personales. Por otra parte, me parece fundamental la idea de encontrar mi propio estilo de escritura.

1.2 Objetivos del trabajo

He abordado este trabajo para reivindicar la justicia para aquellos que aún siguen buscándola después de décadas, en este caso enfocado a la temática de la memoria

histórica de la Guerra Civil. Para poder conseguir este objetivo me he centrado en poner en práctica los conocimientos que he adquirido principalmente en las asignaturas de “Escritura Creativa” y “Letras Contemporáneas”.

La primera, por su parte, fue para mí una introducción de forma guiada, en el mundo de la creación, por decirlo de alguna manera, gracias a los tres profesores que impartieron clase, mostrándonos cada uno matiz un matiz distinto de esta especialidad. Para mí, esta asignatura no se tradujo en escribir grandezas de mi puño y letra, sino más bien, quitarme vergüenzas y darme el valor de ponerme delante de una hoja (o del ordenador) e intentar escribir aquello que se nos había encargado, desde una pequeña obra de teatro, hasta un relato por encadenamiento o un haiku, una forma de hacer poesía que me acabó conquistando a pesar de mi reticencia en un principio, y a su dificultad de composición en parte, aunque a simple vista no lo parezca.

“Letras Contemporáneas” me ha aportado conocimiento del estado actual de la literatura, ya que en los institutos normalmente, y más si se viene de un bachillerato de ciencias como yo, se habla muy poco o nada de los trabajos contemporáneos. Además, me ha dado el punto de mira desde el que quiero abordar mi trabajo, el motivo por el que escribir sobre un tema como la memoria histórica y trabajar este tipo de novela, en vez de una del tipo comercial. Por otra parte, pienso que también me ha ayudado a mejorar mi escritura leyendo a los referentes actuales, a ser consciente de errores que antes, aunque los tuviera delante de mí, no era capaz de reconocer.

Por otra parte, también han resultado fundamentales las cinco asignaturas de historia que he cursado a lo largo de la carrera: “Historia Social de la Comunicación”, “Historia del Pensamiento Político y Social”, “Historia del Periodismo Universal”, “Historia del Periodismo Español” e “Historia y Teoría de la Propaganda”. Estas asignaturas me han ayudado a enmarcar el contexto en el que he tenido que trabajar y a conocer los factores que he tenido en cuenta. Además, en la clase de “Propaganda” hemos estudiado una unidad sobre la temática de mi relato, que de hecho fue pregunta de examen, y que me ha servido para conocer el estado de la Memoria Histórica en España, pero también sus raíces.

El segundo objetivo que me propuse una vez que le entregué el primer relato a mi tutora, Pilar Bellido, fue el de depurar la escritura. La temática de mi narración de por sí ya resulta complicada, pero además, yo quería redactarlo de una forma engorrosa que además sería incapaz de enganchar al lector. Cuando mi tutora me comentó este aspecto, me señaló una anécdota de Muñoz Molina, quien para construir la estructura de la narración, hace uso de una pizarra (Muñoz Molina, 1993). Yo, salvando las distancias, me dediqué a hacer lo mismo, volcando todo lo que se me iba ocurriendo. Esto me ayudó bastante a la hora de ordenar los episodios de mi historia y conocer a mis propios personajes.

Como tercer propósito para llevar a cabo este trabajo, vuelvo a señalar eso de querer darle rienda suelta a mi creatividad, puede que en parte porque es algo que se trabaja poco en la universidad, y mucho menos en los colegios e institutos. La creatividad no sólo está presente en el campo de la escritura, sino que también se encuentra en el de la pintura o la música, y sin embargo, cuando empezamos a pintar ya nos dicen que pintemos la figura de ese perro negra, en lugar de roja o la camiseta de ese niño azul, en vez de rosa. Después de esto, nos encontramos muchas veces en el último año de la carrera sintiendo vergüenza de participar en clase, por si lo que decimos no casa con lo del resto o lo del profesor.

1.3 Estructura

Mi Trabajo de Fin de Grado consta de tres partes. Por un lado, se encuentra una memoria justificativa, en la que analizo la elaboración de la parte creativa abordando cuestiones como la elección del tema, los personajes, el desarrollo de la historia y su estructura. Además, contiene mis conclusiones.

Por otra parte, presento un apartado exclusivamente dedicado a estudiar la memoria histórica, que aporta fundamento a la parte creativa de mi proyecto. Para este epígrafe he tenido que recurrir a textos de autores como Reyes Mate, Paloma Aguilar o Aróstegui. En él hago un repaso del concepto de memoria histórica en sí mismo y en el caso particular de nuestro país. Además, me serví la bibliografía ofrecida por el Dr. Vázquez Liñán en sus clases, que junto con sus planteamientos me han resultado muy útiles para este trabajo.

Este apartado del trabajo resulta esencial debido a que presenta lo que supone la Memoria Histórica en España, partiendo del concepto, que acuña Halbwachs, y haciendo un recorrido desde la Guerra Civil hasta la actualidad, para poner al lector en situación. Por otra parte, también me ha servido para aclarar muchos conceptos relacionados con la memoria y para ver el tema desde diferentes perspectivas, sabiendo apreciar los matices que aporta cada autor a esta temática.

Por último, se encuentra la obra que he realizado, un relato sobre la memoria histórica en España centrado en un caso concreto, pero tocando también diferentes aspectos generales de esa temática. La obra comienza con un capítulo de presentación sobre los personajes principales. Cada capítulo del relato y la obra completa se desarrollan siguiendo el esquema de planteamiento, nudo y desenlace. En la obra, un reportaje que le encargan a la protagonista servirá para indagar en el pasado. Todo esto se detalla con mayor exactitud en el apartado de memoria justificativa.

1.4 Reflexión bibliográfica

El relato que he escrito trata del aún no resuelto asunto de la Memoria Histórica en España, especialmente de la situación actual de ese conflicto. Para informarme bien sobre ello, he tenido que hacer diferentes lecturas.

La bibliografía consultada la recabé gracias a mi tutora Pilar Bellido, ya que en un principio no tenía muy claro cómo debía enfocar mi estudio. En primer lugar recogí una bibliografía demasiado extensa de la que al final escogimos trece títulos, tanto libros como artículos, inclusive un diccionario de la memoria histórica que sirve para aclarar muchos conceptos que se manejan de mala manera en los medios con respecto a esta temática.

Los artículos de mis lecturas proceden de publicaciones especializadas como *Letras Libres*, revistas universitarias e *Hispanova*, aunque también hay algunos que han sido publicados en el periódico *El País*, todos ellos de Reyes Mate.

De todos los textos que he leído, me parecen especialmente útiles los del autor mencionado anteriormente, Reyes Mate, porque bajo mi opinión es capaz de condensar

muchos aspectos de la memoria histórica y muchas claves en poco espacio, pero por encima de eso, valoro su forma de aclarar el tema, de mostrar diferentes aristas del mismo y de compararlo con otros casos como puede ser el de Chile, con el paso del gobierno de Allende a la dictadura de Pinochet.

Algo que me atrae de este autor es que señala el qué sucederá cuando los últimos supervivientes desaparezcan, porque es una idea que yo siempre he tenido en mente y una de mis principales preocupaciones con respecto al tema de la Memoria Histórica.

Esa comparación también la establece Aguilar (2008) aunque de una forma mucho más extensa y con un vocabulario más complejo (o especializado), e innecesario a mi parecer.

Por otra parte, en lo que respecta a la creación de la obra busqué ayuda, además de en los consejos de mi tutora, en la guía *Escribir ficción* (Steele, 2003), que el profesor Manuel Ángel Vázquez Medel de “Escritura Creativa” había recomendado en clase. De este libro me he servido especialmente del capítulo “Personaje: proyectar sombras”, de Brandi Reissenweber, ya que ha sido la construcción de mis protagonistas una de mis dificultades. De este libro me gustaría destacar sus formas, porque no es un manual al uso, ya que no sólo se dedica a darle pautas al lector, sino que intenta involucrarlo desde la primera página.

2. Memoria justificativa: creación de un relato sobre la memoria histórica

2.1 Memoria Histórica en España

A continuación, abordaré de la situación de la Memoria Histórica en nuestro país, tocando los siguientes puntos: concepto de memoria colectiva y memoria histórica (general y aplicados al caso de España), de qué se habla cuando se menciona la Memoria Histórica en nuestro país y cómo ha sido el desarrollo de la misma durante el franquismo, la Transición y actualmente.

Gracias y mediante el planteamiento y explicación de los apartados que he mencionado anteriormente, pretendo sostener y fundamentar mi percepción o tesis con respecto a la temática de mi obra, que en resumidas cuentas es la siguiente:

En España hablamos de Memoria Histórica en relación a la Guerra Civil, en concreto, en referencia a la justicia inexistente que se hizo para con las víctimas, en este caso del bando republicano. Sin embargo, esta actitud habría sido “normal” durante la dictadura, pero lo que me parece inaceptable es que una vez que esta concluyó, hace ya cuarenta años, y aún ahora este tema sea una lacra de la sociedad española. Es inconcebible que en un país como el nuestro que se acoge a la Declaración de Derechos Humanos, y que es miembro de la ONU, no se den pasos en firme, al menos no los suficientes, para reparar la dignidad de las víctimas y sus familiares.

Ahora, paso a analizar de forma pormenorizada los aspectos que he señalado al comienzo de este apartado ayudándome de una bibliografía especializada.

Para hablar de la memoria histórica en nuestro país, primero considero necesario definir el concepto. Para ello, hay que remitirse al sociólogo francés de la escuela durkheimiana Maurice Halbwachs, y hablar también de la memoria colectiva:

“Si por memoria histórica se entiende la lista de los acontecimientos cuyo recuerdo conserva la historia nacional, no es ella, no son sus marcos los que representan lo esencial de lo que llamamos memoria colectiva”. (Halbwachs, 1950, p.212)

Es decir, en primer lugar, hay que establecer una diferencia entre memoria histórica y memoria colectiva, ¿qué representa esta?

“La memoria colectiva es una corriente de pensamiento, continua, con una continuidad que no tiene nada de artificial, puesto que retiene del pasado lo que aún está vivo o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que lo mantiene. (...) La memoria colectiva sólo retiene las semejanzas”. (Halbwachs, 1950, p.213-214)

Según la comparativa que se establece, se deduce que ambos conceptos son diferentes y complementarios. La **memoria colectiva** representa los recuerdos de un grupo que ha vivido unos hechos determinados, es decir, en este caso, la memoria colectiva de la Guerra Civil quedaría conformada por las personas que la vivieron. La memoria colectiva termina cuando los que la han experimentado mueren.

“Si la duración de la vida humana se doblara o triplicara, el campo de la memoria colectiva, medido en unidades de tiempo, sería mucho más extenso”. (Halbwachs, 1950, p.215)

Estos apuntes que hace Halbwachs, sobre la continuidad o la duración de la memoria colectiva, memorias colectivas, me hace ponerlo en relación con un artículo de Reyes Mate (2006, b):

“Asociamos memoria a superviviente de suerte que con su desaparición se extingue la memoria y el pasado pasa a ser gestionado por el negociado de la historia. Como dice Maurice Halbwachs, el pensador francés de la memoria que murió en Buchenwald, "cuando acaba la memoria empieza la historia". (...) Podemos reconstruir los hechos echando mano de los archivos, pero si queremos aproximarnos al significado de esos hechos, dependemos de los testigos, de cómo experimentaron ellos esos acontecimientos.”

En este artículo escrito en *El País* el filósofo reflexiona sobre si el final de los supervivientes de sucesos traumáticos, en este caso habla de la Guerra Civil española y del Holocausto, supondrá la “desaparición” de esas realidades.

El autor concluye con lo siguiente:

“(...) habrá memoria si las generaciones posteriores elaboran un concepto de política que no cabalque sobre ruinas o escombros; un concepto de moral que plantee el ser bueno como respuesta a la inhumanidad del hombre o un concepto de verdad que reconozca que el sufrimiento oculto es la condición de la racionalidad de un discurso. Más allá del gesto sentimental de acordarnos de lo que ocurrió entonces, la memoria es una tarea de presente que afecta a nuestro modo de conocer y de actuar. Sin olvidar que "necesitamos desesperadamente la historia verdadera de este infierno porque se ha vuelto la experiencia fundamental de nuestra época y su desconcierto fundamental" (Hanna Arendt).”

Por su parte, la **memoria histórica** es la memoria de aquellos que, sin haber vivido los acontecimientos históricos traumáticos los desean mantener vivos para reivindicar la justicia para las víctimas. Es decir, representa un compromiso para que no se pierdan en el olvido esos recuerdos, esas vivencias, marcadas por la injusticia y los hechos traumáticos. En el caso de España, la memoria histórica pervive por aquellos que actualmente luchan por seguir abriendo fosas comunes o resolviendo desapariciones, es decir, por la búsqueda de una justicia para las víctimas, que es inexistente desde 1936.

Actualmente en España confluyen las dos realidades que representan la memoria colectiva e histórica, ya que, por suerte, algunos de los hijos de las víctimas de la guerra siguen vivos, y son ellos los que conforman la memoria colectiva, y los que aportan mucha fuerza al movimiento memorialista.

Una vez que he tenido en cuenta estas aportaciones entro a reflexionar sobre el caso que me concierne directamente:

En España, cuando se habla de memoria histórica siempre se hace referencia a un punto muy concreto de la historia, en este caso, a la Guerra Civil y a sus víctimas, del lado republicano o de aquellos a los que se consideró una amenaza a pesar de ni siquiera haber entrado en batalla o ser militante de algún partido de los asociados al Frente Popular.

Concretamente, la reivindicación se centra en la búsqueda de aquellas personas que desaparecieron y fueron asesinadas para ser enterradas en fosas comunes o en cunetas. Sus familiares, aún hoy, intentan encontrarlos para darles una sepultura digna y tener un sitio en el que velarlos.

En este caso, resulta fundamental hablar del término “represión”. Espinosa Maestre (2011, 39, 41) hablaba de él así:

“Englobamos en este concepto las diferentes acciones y medidas con las que los golpistas de julio de 1936 quisieron acabar con el sistema democrático y con sus bases sociales y políticas. (...) Pero el capítulo fundamental y más grave de la represión fue el que se refiere a la eliminación física del contrario. Dada su dimensión, el franquismo no tardó mucho en tomar conciencia de que debía quedar oculta. (...) Siempre que se consideró oportuno se recurrió a la eliminación inmediata del

oponente sin más trámite que considerarlo incurso en el bando de guerra, que permitía acabar con cualquiera según decidiera la actividad militar”.

Estas desapariciones y muertes fueron un secreto guardado obligatoriamente desde que se instaurase el régimen. En España, el movimiento memorialista es muy reciente, concretamente comenzó en el año 2000, ya que un periodista, familiar de un desaparecido grabó la exhumación de su cadáver. Una vez que la noticia saltó a los medios, se comenzó a tomar conciencia al respecto.

Sin embargo, esto no quiere decir que en España antes no se produjesen exhumaciones de cadáveres o búsquedas, sí que se hacían, lo que pasa que eran silenciadas, porque nada debía destruir el orden del régimen dictatorial. Más tarde, durante la Transición democrática, se abogó por el consenso, también en materia de Memoria Histórica, el olvido para cerrar heridas que aún no han cicatrizado, leyes de amnistía para criminales de guerra, misteriosas desapariciones de documentos... Todo esto dificultó que la lucha de los familiares de las víctimas saliera a la luz. (Recogido en la bibliografía facilitada por el profesor Vázquez Liñán).

Según el filólogo y teórico de la literatura José Colmeiro (2011, 25):

“Podemos distinguir tres momentos culturales importantes en la España contemporánea, que han conformado la construcción de la memoria y la identidad colectiva: la dictadura, instaurada tras la Guerra Civil, la Transición democrática, y el proceso de globalización e integración europea que comenzó tras la Transición. Tras el trauma de la Guerra Civil española (1936-1939) y su epílogo en el opresor régimen del General Franco, la memoria se convirtió en un lugar de lucha ideológica. Los recuerdos de la Guerra Civil se reprimieron oficialmente, la Guerra se reescribió como una Cruzada religiosa y la memoria histórica fue sustituida por la nostalgia hacia un largo pasado imperial perdido, cuando no literalmente exiliada, como cientos de miles de personas murieron, fueron encarceladas o desaparecidas en la diáspora de la posguerra. (...) La memoria histórica reprimida formó un vasto corpus de contramemorias opositoras como formas de resistencia cultural (sobre todo, en literatura, cine y en la canción popular), produciéndose gran parte de esta clandestinamente desde el exilio.

La Transición política de la dictadura a la democracia en los años 70 y principios de los 80 fluctuó entre los intentos por recuperar la memoria histórica y las políticas oficiales de amnesia. El proceso de democratización, con la recuperación de la libertad, el restablecimiento de las marcas autóctonas de identidad y la restauración no oficial de los recuerdos reprimidos del pasado nacional, como evidencian la avalancha de memorias, novelas autobiográficas, películas, documentales y cuentos históricos revisionistas, coincide paradójicamente con las políticas oficiales del olvido colectivo”.

El problema que ha habido en España con el periodo de la Transición es que se ha construido como un mito, por lo que resulta muy complicado, a priori para el público

general, encontrarle algún defecto. Comenta Sáez Varcárcel (2011, 66 y 67), lo siguiente, haciendo referencia a la impunidad en nuestro país de los crímenes del franquismo:

“Se habla con razón del modelo español de impunidad. Impunidad que se sustentaría en varios elementos, todos ellos relacionados con la forma como se desarrolló la transición a la democracia después de la muerte del dictador. (...) España es el modelo de justicia transicional negada, fórmula con la que el Derecho internacional trata de limitar y poner coto a la impunidad de las más graves violaciones de los derechos humanos”.

También me parece conveniente resaltar lo que señala al respecto de esta época de la historia de España Espinosa Maestre (2011, 43):

“También pesa la machacona insistencia en que la amnistía de 1977 ya cerró este asunto y permitió la reconciliación entre los españoles, con lo que remover ese pasado solo servirá para reavivar los rescoldos y reabrir heridas. (...) Desde esta perspectiva, la investigación de la represión franquista, con su inevitable repercusión social, no es más que un estorbo, ya que pone en entredicho el silencio y el olvido con que la Transición cubrió todo lo relacionado con ella”.

Sin duda, la clave para poner la memoria histórica en el mapa fue el salto a los medios de comunicación. Incluirlo en la agenda *setting* de los medios resulta fundamental para afrontar el problema de una vez por todas. Como afirma Espinosa Maestre (2011, 43):

“En torno al año 2000, las primeras exhumaciones de las víctimas de la represión franquista y la implicación de los medios de comunicación supusieron que ciertos sectores sociales tomaran conciencia del problema, logrando comprometer a los partidos políticos más sensibilizados, los cuales sólo conseguirán llevar adelante con mucha dificultad una insulsa ley de memoria histórica que dejaba fuera las principales reivindicaciones”.

No fue hasta el 26 de diciembre de 2007, y gracias al impulso que dieron los gobiernos autonómicos en el año 2002, cuando la Ley de Memoria Histórica salió a la luz en la primera legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero. La ley cuenta con veintidós artículos y once disposiciones. Resulta muy interesante la primera parte de la “exposición de motivos”:

“El espíritu de reconciliación y concordia, y de respeto al pluralismo y a la defensa pacífica de todas las ideas, que guió la Transición, nos permitió dotarnos de una Constitución, la de 1978, que tradujo jurídicamente esa voluntad de reencuentro de los españoles, articulando un Estado social y democrático de derecho con clara vocación integradora.

El espíritu de la Transición da sentido al modelo constitucional de convivencia más fecundo que hayamos disfrutado nunca y explica las diversas medidas y derechos que se han ido reconociendo, desde el origen mismo de todo el período democrático, en favor de las personas que, durante los decenios anteriores a la Constitución, sufrieron las consecuencias de la guerra civil y del régimen dictatorial que la sucedió.

Pese a ese esfuerzo legislativo, quedan aún iniciativas por adoptar para dar cumplida y definitiva respuesta a las demandas de esos ciudadanos, planteadas tanto en el ámbito parlamentario como por distintas asociaciones cívicas. Se trata de peticiones legítimas y justas, que nuestra democracia,

apelando de nuevo a su espíritu fundacional de concordia, y en el marco de la Constitución, no puede dejar de atender.

Por ello mismo, esta Ley atiende a lo manifestado por la Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados que el 20 de noviembre de 2002 aprobó por unanimidad una Proposición no de Ley en la que el órgano de representación de la ciudadanía reiteraba que «nadie puede sentirse legitimado, como ocurrió en el pasado, para utilizar la violencia con la finalidad de imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios contrarios a la libertad y dignidad de todos los ciudadanos, lo que merece la condena y repulsa de nuestra sociedad democrática». La presente Ley asume esta Declaración así como la condena del franquismo contenida en el Informe de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa firmado en París el 17 de marzo de 2006 en el que se denunciaron las graves violaciones de Derechos Humanos cometidas en España entre los años 1939 y 1975.

Es la hora, así, de que la democracia española y las generaciones vivas que hoy disfrutan de ella honren y recuperen para siempre a todos los que directamente padecieron las injusticias y agravios producidos, por unos u otros motivos políticos o ideológicos o de creencias religiosas, en aquellos dolorosos períodos de nuestra historia. Desde luego, a quienes perdieron la vida. Con ellos, a sus familias. También a quienes perdieron su libertad, al padecer prisión, deportación, confiscación de sus bienes, trabajos forzados o internamientos en campos de concentración dentro o fuera de nuestras fronteras. También, en fin, a quienes perdieron la patria al ser empujados a un largo, desgarrador y, en tantos casos, irreversible exilio. Y, por último, a quienes en distintos momentos lucharon por la defensa de los valores democráticos, como los integrantes del Cuerpo de Carabineros, los brigadistas internacionales, los combatientes guerrilleros, cuya rehabilitación fue unánimemente solicitada por el Pleno del Congreso de los Diputados de 16 de mayo de 2001, o los miembros de la Unión Militar Democrática, que se autodisolvió con la celebración de las primeras elecciones democráticas”.

Fue en el año 2008, cuando Baltasar Garzón abordó desde su posición de magistrado los crímenes del franquismo con la intención de compensar a las víctimas.

Existe también en nuestro país la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, que según lo depositado en su página web:

“(…) surgió a raíz de la exhumación de una fosa común en la que se encontraban los restos de 13 republicanos civiles asesinados por un grupo de pistoleros falangistas el 16 de octubre de 1936. Ocurrió en la localidad leonesa de Priaranza del Bierzo, en el mes de octubre del año 2000. Numerosas personas acudieron al lugar de la excavación para pedir ayuda en la búsqueda de desaparecidos. Y un grupo de personas decidimos crear la Asociación para prestarles esa ayuda. Desde entonces, con la colaboración de numerosas personas, hemos podido ayudar a decenas de familias a recuperar los restos de sus seres queridos y a cientos de ellas a conocer el destino que corrieron sus familiares. Se trata de algo que hasta ahora no había hecho por ellos una democracia que tras la muerte de Franco construyó una transición fundamentada en el olvido, consolidado en la Ley de Amnistía aprobada, en octubre de 1977, con los votos de la izquierda mayoritaria en el Congreso de los Diputados. Esa ley dice en su Artículo 2.f que quedan incluidos en la amnistía “los delitos cometidos por funcionarios y agentes del orden público contra el ejercicio de los derechos de las personas”. De ese modo quedaba declarado impune cualquier delito o violación de los derechos humanos cometida antes del 15 de diciembre de 1976. Para todo ello desde el año 2000 trabajamos para dignificar nuestro pasado, pedir justicia a los que la merecieron y no la tuvieron, y profundizar nuestra democracia”.

Sin duda, el movimiento memorialista español va de la mano de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica.

Otros factores claves cuando hablamos de memoria histórica es el hecho de que no sólo se trata de la recuperación de las víctimas, sino también de la ley de amnistía como un obstáculo, de las exhumaciones privatizadas, o de la eliminación de los símbolos franquistas.

La ley de amnistía supuso la exención de culpa, el perdón a todos aquellos, y a todo aquello, que contribuyó con el régimen franquista, es decir, para dirigentes políticos, militares, jueces, etc. Todo ello quedó reflejado en el BOE, 46/1977 el día 15 de octubre de ese año. Debido a esto, los familiares de las víctimas no van a encontrar la justicia llevando a los culpables de las muertes y desapariciones ni a los tribunales ni a la cárcel. En España no ha habido algo similar a los juicios de Nuremberg.

La privatización de las exhumaciones de cadáveres y fosas comunes, obliga a los familiares de las víctimas y a organizaciones ciudadanas a sufragar los gastos de las mismas, sin apoyo de las instituciones gubernamentales, algo que puede desembocar en el abandono de estas actividades debido al coste de las mismas.

Algo que también hay que destacar es el hecho de que el movimiento memorialista aún sigue luchando por eliminar de la vida pública los símbolos de la dictadura franquista, ya que todavía hay calles, plazas o monumentos que llevan nombres de altos cargos del ejército o del gobierno de Franco o están hechas en conmemoración de estos.

Actualmente, según un informe que elaboró Pablo de Greiff, relator especial de la ONU, España tiene aún que superar diez apartados para conseguir darle solución a la reivindicación de la recuperación de la memoria histórica. La conclusión principal que extraje De Grieff fue la siguiente:

“No se estableció nunca una política de Estado en materia de verdad, no existe información oficial, ni mecanismos de esclarecimiento de la verdad. El modelo vigente de " privatización" de las exhumaciones, que delega esa responsabilidad a las víctimas y asociaciones, alimenta la indiferencia de las insituciones estatales...”. (2014, p. 19)

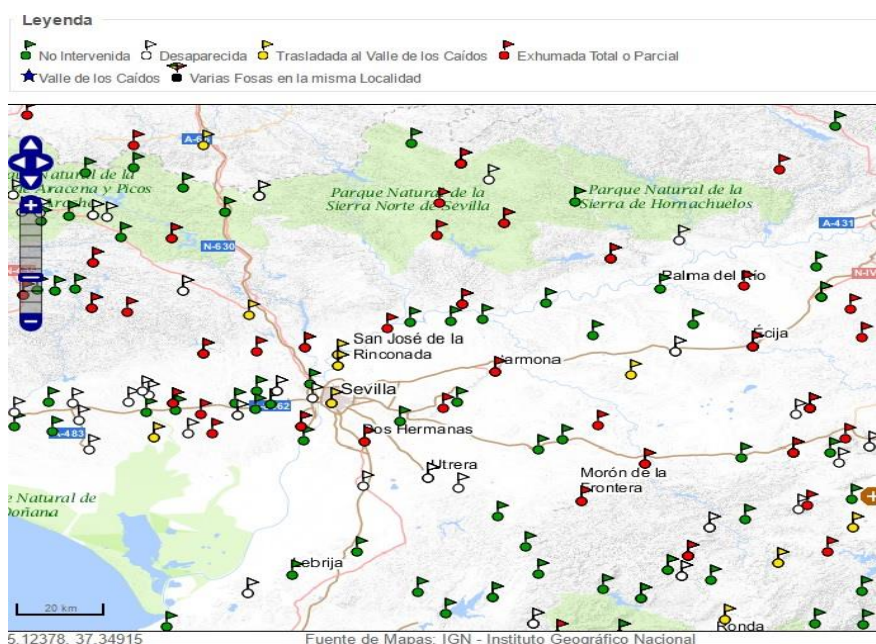
Los diez puntos a los que España tiene aún que hacer frente para que se cumpla la justicia con las víctimas y sus familiares son los siguientes, según Pablo de Grieff (2014, 5-19)

1. Remoción de símbolos franquistas
2. Reconocimiento de que el Valle de los Caídos supone la exaltación del régimen dictatorial de Franco y de su persona.
3. Mejorar la educación en materia de memoria histórica, en lugar de hacer como si no hubiera sucedido.
4. Los cuerpos del orden y los jueces necesitan más formación sobre los acontecimientos.
5. Falta de información en general sobre el número de víctimas de la Guerra Civil.
6. Eliminación del acceso restringido a los documentos.
7. Exhumaciones privatizadas.
8. El obstáculo que supone la ley de amnistía.
9. La jurisdicción universal.
10. El trato de víctimas de segunda que reciben las de la Guerra Civil.

El cuadro que recoge Espinosa Maestre (2011, 44) sirve para dejar patente la deuda que aún a día de hoy existe para con las víctimas por parte de la justicia e instituciones españolas y que queda reflejada en el informe anteriormente señalado. Cito en el siguiente ejemplo datos sobre nuestra comunidad autónoma:

	Represión franquista	Represión republicana	Número de exhumaciones	Restos recuperados
Andalucía	47.399	8.367	25	3.020
España	130.199	49.272	207	4.956

Según la web de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, en la provincia de Sevilla se han realizado dos exhumaciones, que tuvieron lugar en El Madroño en noviembre de 2010. Sin embargo, en la web del Ministerio de Justicia, se puede apreciar el número de fosas que hay en toda la provincia, a pesar de que sólo se han realizado las dos exhumaciones mencionadas.



Sin duda, este ejemplo es una muestra de cómo es la situación actual de la Memoria Histórica en nuestro país.

Hoy en día, setenta y siete años después del fin de la Guerra Civil, las víctimas y sus familiares siguen buscando la justicia para sus seres queridos, mientras intentan bordear los obstáculos que se encuentran en materia económica, por parte de las instituciones políticas y por la de los medios de comunicación. Pero el impedimento más importante con el que se pueden topar es con el tiempo, con el olvido que éste mismo trae, con el fin de esas memorias colectivas.

2.2 Búsqueda en los archivos: elección del tema

El primero de los pasos que debí enfrentar fue la elección del tema que iba a trabajar en mi Trabajo de Fin de Grado. Sin embargo, no fue algo que escogiese con prisas, sino que desde el pasado curso ya tenía bastante claro la temática: la Memoria Histórica.

A pesar de haber tomado una decisión firme, no se puede trabajar si no hay una base de conocimientos, así que para elaborar mi relato he leído desde textos

especializados hasta literatura sobre la memoria histórica, además de ver diferentes reportajes, documentales y películas.

Uno de los libros que tomé como referencia fue *Los girasoles ciegos* (2004), de Alberto Méndez. En él, el autor desarrolla cuatro relatos ambientados en la Guerra Civil Española con personajes.

El libro de Méndez lo he leído ya un par de veces con ésta última, pero a raíz de la lectura del texto, *¿Una nación de fantasmas?: apariciones, memoria histórica y olvido en la España posfranquista*, de José Colmeiro, decidí leer también el libro de Juan Marsé, *Si te dicen que caí*. Del artículo de Colmeiro, me serví especialmente del apartado “Reconstruyendo la memoria y las identidades de la España moderna” y me pareció muy útil la explicación que da sobre las políticas de la memoria durante la Transición.

Además de todo lo que me han aportado las lecturas que se incluyen en la bibliografía, en mi caso ha resultado fundamental la proximidad del tema por motivos familiares.

Aparte de la memoria histórica como tema central, en el relato se tocan otros como la crisis del periodismo o el futuro de los hijos de las víctimas de la Guerra Civil, ¿qué pasará cuando ellos hayan muerto?

Me resulta inevitable hablar de la elección del título de mi obra también, *Pisadas en el barro*, que a priori no tiene que dar pista alguna de la temática del libro. La explicación, que también se le da al lector en el relato, es la siguiente: con las dos palabras quise conformar una metáfora y establecer una comparación. Cuando uno deja su pisada en el barro, en la orilla de un río por ejemplo, la horma se mantiene dibujada, pero cuando va pasando el tiempo, empieza a borrarse poco a poco hasta que termina por desaparecer. Eso es exactamente lo mismo que puede llegar a pasar con la memoria histórica, con sus víctimas y con los que siguen luchando por ella.

2.3 Poniéndoles nombres y apellidos: los personajes

Los personajes son uno de los componentes fundamentales de una narración y para el autor de la obra resulta imprescindible conocerlos a fondo, tanto a principales como a secundarios. De esta forma, Brandi Reissenweber señala (2003: 43-44):

“Cuando lees un relato de ficción lo primero y más importante que estás haciendo es conocer gente. Los personajes son el núcleo de cualquier historia. Los que interactúan e influyen en todos los demás elementos de ficción. (...) Si consigues que tus personajes parezcan reales, si logras crear la ilusión de que hay una persona de verdad sobre el papel tus lectores se enamorarán de tu historia, más allá del lenguaje y de las palabras, y dejarán que el mundo real se desvanezca para ser reemplazado por el universo ficticio que has conseguido crear”.

A la hora de crear mis personajes he seguido también los consejos de Reissenweber (2003, 63):

“No todos los personajes deben desarrollarse con la misma profundidad. Tu principal preocupación respecto a la caracterización deben ser los personajes más prominentes de tu relato. Está claro que son quienes más se deberían desarrollar. Esto resulta especialmente vital en el caso del personaje principal de la historia, el protagonista. Todos los aspectos y dimensiones que hemos comentado —deseo, complejidad, contraste, coherencia, cambio— entran en juego sobre todo en lo que se refiere al protagonista de la historia. (...) A veces las historias incluyen un antagonista, una persona que plantea un formidable obstáculo contra el deseo del protagonista. (...) Los personajes secundarios son como los actores y actrices de reparto. Algunos estarán sujetos a algo del nudo pero no de la misma intensidad que los personajes principales. El truco con los pesos ligeros de tu historia consiste en encontrar unos pocos detalles definidores que realmente capturen su esencia. (...) Los extras son los personajes que pueblan el mundo de ficción pero no tienen un impacto significativo en la historia. Aparecen pero no alcanzan ninguna dimensión más allá de su limitado papel”.

Según esto, los personajes que se encuentran en un relato quedan clasificados en principales, antagonistas, secundarios y extras. Siguiendo este registro, paso a encuadrar a mis personajes, según el criterio que propone Reissenweber:

- Mi personaje principal es Lola Benítez, una periodista de veinticinco años que acabó sus estudios hace pocos años y que después de una época de sequía laboral en su campo de trabajo, ha conseguido un puesto hace unos meses en un periódico local en la ciudad de Sevilla. También ella vive en esta ciudad, sola en un piso, aunque es de un pueblo del Aljarafe. Lola destaca por su tenacidad y constancia, es luchadora, sensible y empática y se considera muy independiente. Es extremadamente reservada y le cuesta confiar en la gente. La protagonista está marcada por la pérdida de su abuela, a pesar de que murió ésta murió hace siete

años, ya que dejó en ella un gran vacío y siente que la vida no fue con ella demasiado justa.

Lola proviene de una familia estable de clase media y está acostumbrada a trabajar desde que tuvo edad para ello. Ha trabajado cuidando a niños, como dependienta, azafata y en el periódico de Luis.

- El antagonista de mi obra queda personificado en Emilio Castrillón, un hombre de unos setenta años residente en el pueblo sevillano de Coria de Río. Es hijo del hombre que delató al padre de la abuela de Lola. Emilio está casado con Rosario desde hace más de cuarenta años. Su único vicio es el tabaco, que ha provocado que su voz se haya ido tornando cada vez más áspera con el tiempo y necesite un respirador. Es un hombre que tiene fe ciega en la tradición y de ideas políticas de extrema derecha. Su vida ha estado fuertemente marcada por la muerte de su padre (se suicidó) y siempre se ha negado a reconocer lo que supuso que fuese a declarar a la policía. Igualmente, trata de ocultar durante toda su vida lo que sabe sobre ese hecho, ya que su padre no fue el único implicado, por lo que no le facilita a Lola ninguna información al respecto de la desaparición de su bisabuelo.

A pesar de que Emilio no es un personaje que destaque por el número de veces que aparece en el relato, encaja en la definición de antagonista de Reissenweber.

Personajes secundarios:

- Fernando Monge es un chico de la misma edad que Lola y que ésta conoce cuando empieza a trabajar en el periódico. Tiene una personalidad muy abierta y es simpático. Desde que Lola comienza a trabajar intenta ayudarle en todo lo que puede y ella siente que es una persona en la que puede confiar, ya que le da pie a ello. No puede evitar sacar conclusiones antes de tiempo, lo que en muchas ocasiones le lleva a deducciones erróneas y a interrumpir a su interlocutor. También vive solo en Sevilla. Le cuesta reconocer los problemas que pueden presentársele en el día a día y confesarlos, ya que siente que es lo suficientemente fuerte como para superarlos solo, por ello no reconoce cómo se siente con respecto a la enfermedad de su madre.

- Luis Peñuela es un hombre que ronda los sesenta años. Es el director del periódico en el que trabajan Lola y Fernando y lleva al cargo de él bastantes años. Es un profesional que cuenta con prestigio y una larga trayectoria, además del respeto de sus compañeros de profesión, que se preguntan por qué pudiendo trabajar en un medio que le aporte más beneficios económicos y una mejor posición. Lola siempre ha sospechado que oculta algo que es lo que hace que su semblante parezca triste y que siempre esté pensando en algo más de lo que aparenta. Es muy serio, comprensivo y buen jefe. Tiene que lidiar día a día con los estragos de la crisis económica en el periodismo.
- Manuel Peñuela es el hermano de Luis y tiene algunos años menos que él. Vive en la ciudad castellanoleonesa de Salamanca y trabaja en Centro Documental de la Memoria Histórica, en el que se recluye para huir de su propio pasado. Tiene un carácter afable y es mucho menos serio que su hermano. Se muestra cercano con Lola cuando ésta va a visitarlo. Tiene problemas con su hermano y trata de solventarlos constantemente sin éxito.
- Alejandro de Suabia es un joven estudiante de historia que trabaja como voluntario para la Asociación de Recuperación de la Memoria Histórica. Es uno de los contactos de Lola para montar su reportaje. Se encuentran en Sevilla porque viene a impartir una conferencia. Aún posee los rasgos físicos desgarrados de la adolescencia, pero es más maduro de lo que le corresponde por su edad.
- Ana Moreno era la abuela de Lola y se presenta mediante una serie de diálogos. Nació a finales de los años veinte y la Guerra Civil la vivió siendo una niña. Perdió a su madre debido a una enfermedad y posteriormente a su padre al comienzo de la guerra. Su vida estuvo marcada desde entonces por esos dos hechos. Se casó y tuvo siete hijos, uno de ellos drogadicto. Fue una mujer que sufrió, pero sobre todo fue luchadora, valiente, tenaz y sabía encontrar la felicidad en las pequeñas cosas.
- Rosario Alba es la mujer de Emilio Castrillón, es más joven que él, y tiene una personalidad bastante débil. Se dedica a las tareas del hogar y a cuidar a su marido,

viviendo a su sombra. Aunque no es tan mayor, su rostro refleja más edad de la que tiene.

Personajes extra:

- El bisabuelo de Lola, al que se menciona en el relato pero que se sabe poco de él, ya que sólo Ana lo conoció pero era muy pequeña.
- Los periodistas de la redacción, que se mencionan en el capítulo dos.

Para otorgar las funciones a cada personaje me he guiado por el esquema de funciones actanciales, un término que acuñó Tesnière (1959) y que posteriormente, Greimas (1966) usaría para denominar a los participantes de la historia. Las funciones son las siguientes: el sujeto, el objeto, el destinador, el destinatario, el ayudante y el oponente. Algo que cabe destacar aquí es que estas funciones no sólo son desempeñadas por personajes, sino que también puede ir representadas por emociones, deseos, objetos, etc.

- Sujeto: personaje central del esquema. Realiza una acción, que busca cumplir con un objetivo, que se mueve con algún objeto.
- El objeto: es lo que el sujeto quiere conseguir.
- El destinador: personaje, motivo o fuerza externa o interna que mueve al sujeto a conseguir el objeto.
- El destinatario: quien se beneficia del objeto que consiga el sujeto.
- El ayudante: aquel o aquello que se presta o sirve o se utiliza para a ayudar al sujeto a conseguir el objeto.
- El oponente: aquel o aquello que pretende o sirve o se utiliza para evitar la consecución del objeto por parte del sujeto.

La decisión de usar para las funciones de mis personajes el esquema de funciones actanciales de Greimas surgió porque ya lo había usado con anterioridad en la asignatura de “Escritura Creativa”.

La función de sujeto en el relato la cumple Lola, mi personaje principal, que desde el primer momento busca un objetivo, que resulta ser personal pero también con un fin público.

El objeto sería publicar el reportaje sobre la memoria histórica y conseguir información sobre el caso de su abuela, para lo que se dedica a recabar toda la información que puede desplazándose a diferentes puntos de la geografía española.

El destinador está representado por lo que significa el personaje de la abuela para Lola, es decir, es lo que Ana representa para la protagonista lo que hace que se mueva en busca de un objetivo determinado.

El destinatario sería Lola principalmente, ya que si consigue publicar su reportaje y encontrar toda la información necesaria sobre la desaparición de su bisabuelo, podrá cerrar esa fase de tristeza que aún siente por la muerte de su abuela y por las injusticias que ella vivió; pero sobre todo, los destinatarios de esta obra son los posibles damnificados de la memoria histórica, ya que la publicación sería un nuevo posicionamiento del tema en los medios de comunicación, una forma de hacer que no caiga en el olvido y de mostrar que aún hay gente que se interesa por ello; y por último el público del periódico, ya que tendrá entre sus manos una información que no circula por los medios habitualmente.

La función de ayudante la cumplen tanto Fernando, como Manuel, Luis y Álex. El primero, ayuda a Lola desde el primer momento en que llega a la redacción, es el que le deja el reportaje y el que le facilita su investigación y el que le sirve de apoyo emocional; Luis es el que la contrata en su periódico, la instiga a seguir con el reportaje y le facilita el contacto de Luis, además le ayuda a buscarse un futuro para sí misma y su reportaje una vez que el periódico cierra; Manuel es el contacto de Lola en Salamanca y le ofrece una pista crucial para avanzar en su trabajo; por último, Álex le ofrece información y ayuda desde la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica.

El oponente sería todo aquello que imposibilita la recuperación de la memoria histórica, en el caso de mi relato: los obstáculos económicos que Lola debe superar para realizar su trabajo, la desaparición de documentos de la Guerra Civil, el cierre del

periódico, el silencio de Emilio Castrillón y la falta de financiación por parte de las instituciones públicas para recuperar la dignidad de las víctimas.

El personaje de Ana fue uno de los más difíciles de crear debido a que está inspirado en mi abuela y su historia y me fue muy complicado marcar las distancias, especialmente en el capítulo inicial, en el que hago una presentación de este personaje, pero en lugar de haciendo uso de la descripción, mediante conversaciones mantenidas entre su nieta, Lola y ella.

Señala la profesora Larrea (1998, 25):

“Un primer aspecto que nos permite comprender el concepto de personaje es su carácter ficticio para ser pura mimesis, pura creación del escritor aunque, en muchas ocasiones, los personajes razonen y actúen como los seres del mundo cotidiano”.

En el primer capítulo lo que predomina es la descripción, en este caso, de un personaje, el de la abuela, Ana. Para evitar las parrafadas descriptivas que no son atractivas para todos los lectores, decidí hacer su presentación mediante una serie de conversaciones sobre su vida que se dan entre ella y su nieta, Lola, el personaje principal. Además, también sirve para conocer a ésta última, para saber cuál es la edad que tiene, a qué se dedica o cómo es su visión con respecto a ciertos temas.

El resto de capítulos tienen un ritmo distinto, más rápido que la presentación, que casi se podría considerar como un prólogo. Para darle forma a la acción me planteé una serie de preguntas, algo que me comentó mi tutora: ¿Qué quiero narrar?, ¿quiénes son mis protagonistas/personajes?, ¿cómo son esos protagonistas?, ¿quién va a prestar ayuda?, ¿cuáles van a ser los obstáculos a los que se van a enfrentar?

Para responder a estas preguntas también utilicé el esquema funciones actanciales de Greimas que menciono en el punto anterior.

Al principio no tenía claro si quería que mi protagonista consiguiera su objetivo o no, porque tampoco quería escribir un relato idílico en el que no estuviese reflejada la realidad. Sin embargo, finalmente decidí que lo consiguiera, al menos en parte, es decir, para mostrar las dificultades que tienen que afrontar aquellos que luchan por un

tratamiento justo para las víctimas, por abrir una fosa y por recuperar los restos de sus seres queridos.

Para ello, a lo largo de la obra la protagonista tiene que hacer frente a una serie de obstáculos, como la precariedad económica en la que vive el periodismo, la falta de información que hay aún sobre la Guerra Civil y sus muertos, debido a la amnistía política que se declaró con la Transición y el consenso del olvido o los problemas que se pueden dar a la hora de abrir una fosa común. Por otra parte, Lola también encuentra apoyos en su entorno.

2.4 Haciendo memoria: inicio, nudo y desenlace

En la obra se sigue el esquema de planteamiento, nudo y desenlace. El detonante de la historia es la muerte de la abuela de la protagonista y el sentimiento de tristeza de su nieta por la vida desgraciada que tuvo debido a la desaparición de su padre durante la Guerra Civil. Este hecho, que prende la mecha de la acción, se ve acelerado debido al encargo que le hacen a Lola en el periódico en el que trabaja, un reportaje sobre la Memoria Histórica. La periodista ve en esto una oportunidad de esclarecer qué le pasó al padre de Ana, su abuela. Es en este punto, en el segundo capítulo, cuando se ve el planteamiento del relato. El encargo de ese trabajo es el punto de partida de la acción.

En ese mismo capítulo dos, se empieza a desarrollar el nudo de la historia, cuando Lola inicia sus investigaciones para abordar la temática de su reportaje, desplazándose a diferentes localizaciones: a Salamanca, a Coria del Río y en la propia ciudad de Sevilla, a la vez que se enfrenta a diferentes obstáculos, como el silencio que aún se impone con respecto a la Memoria Histórica por parte de las instituciones, las dificultades para acceder a cierta documentación o cómo en los pueblos se siguen guardando secretos desde hace más de ochenta años. Por ello, Lola es más consciente de la situación de la memoria histórica en España. Al final del nudo se produce un giro dramático que será clave en el final de la obra: el periódico en el que trabaja Lola cierra, sin apenas enterarse la redacción del mismo cuando el reportaje aún no ha salido a la luz.

El desenlace sirve para cerrar una etapa de la obra, pero para dejar abierta otra, el qué pasará con el trabajo de Lola y con su historia y la de su abuela, algo que se descubre al final del cuarto y último capítulo.

2.5 Un viaje de ochenta años en unos meses: la composición, el espacio y la acción

Ahora me dispongo a abordar la construcción del relato desde el punto de vista de su composición.

Cuando se habla de espacio en el relato, hablamos de localizaciones diferentes. En la obra, el personaje principal, Lola, se mueve durante la mayoría de la narración en la provincia de Sevilla y en la ciudad de Salamanca cuando va a visitar a Manuel. Cuando la protagonista está en la capital andaluza normalmente se mueve por el centro de la ciudad, por barrios como el de la Alfalfa, donde también se encuentra la redacción del periódico y donde ella misma vive. También se traslada a un pueblo de la zona del Aljarafe, en concreto a Coria del Río, ya que allí vive el hijo del hombre que delató a su bisabuelo. La familia de Ana era de allí.

En lo que respecta al tiempo de la narración, se da en pretérito, eso sí, es un pasado reciente. Cabe destacar que en el primer capítulo se presentan varias analepsis cuando escribo diálogos que se dieron en un pasado más lejano al que queda reflejado en la obra.

Por otra parte, para la narración he hecho uso de la primera persona. Para poder llevar a cabo adecuadamente esto, fueron muy útiles los consejos de mi tutora, Pilar Bellido, pero también leí el texto “Del cuento breve y sus alrededores”, de Julio Cortázar que me enseñó a darle la importancia que se merece al uso de esta persona y a ver lo que puede aportar con respecto a otras. De ello extraje lo siguiente:

“En ese momento, o más tarde, encontré una suerte de explicación por la vía contraria, sabiendo que cuando escribo un cuento busco instintivamente que sea de alguna manera ajeno a mí en tanto demiurgo, que eche a vivir con una vida independiente, y que el lector tenga o pueda tener la sensación de que en cierto modo está leyendo algo que ha nacido por sí mismo, en sí mismo y hasta de sí mismo, en todo caso con la mediación pero jamás la presencia manifiesta del demiurgo. Recordé que siempre me han irritado los relatos donde los personajes tienen que quedarse como

al margen mientras el narrador explica por su cuenta (aunque esa cuenta sea la mera explicación y no suponga interferencia demiúrgica) detalles o pasos de una situación a otra. El signo de un gran cuento me lo da eso que podríamos llamar su autarquía, el hecho de que el relato se ha desprendido del autor como una pompa de jabón de la pipa de yeso. Aunque parezca paradójico, la narración en primera persona constituye la más fácil y quizá mejor solución del problema, porque narración y acción son ahí una y la misma cosa. Incluso cuando se habla de terceros, quien lo hace es parte de la acción, está en la burbuja y no en la pipa.”

A continuación, incluyo uno de los fragmentos del relato en el que se aprecia la narración en primera persona:

“Al día siguiente llegué a la redacción con unas ojeras que hacían juego con el color del cielo. El olor a café me iba despertando, pero su sabor hacía que quisiera comerme un paquete de chicles entero. Era más temprano de lo normal y estaba sola, así que aproveché para buscar información sobre la temática del reportaje.

Los nombres de Reyes Mate, Paloma Aguilar y Julio Aróstegui pasaban ante mí cuando Fernando llegó a la oficina. Levanté la mano del ratón para saludarlo, pero él prefirió pellizcarme la cara.

- “¿Qué pasa?, ¿ya estás pensando?”.

- “Todos estamos siempre pensando, así que sí, estoy pensando. Muerta de sueño, pero estoy pensando” – le contesté.”

2.6 Futuro para el pasado: conclusiones

Por último, para finalizar esta Memoria Justificativa, quisiera extraer las conclusiones más importantes del proceso de creación y estudio que he realizado:

Llevar a cabo este trabajo de creación ha supuesto para mí ponerme por primera vez delante de un folio en blanco y ver qué soy capaz de hacer en tal situación. El hecho de tener que crear unos personajes, con todo lo que ello conlleva, otorgándole una personalidad definida y unas funciones, ser capaz de escribir una historia coherente y comprometida con una causa son algunas de las cosas que más valoro de esta iniciativa.

Además, me ha ayudado a mejorar el estilo de mi prosa, que resultaba demasiado engorrosa en un principio y ha desembocado en un estilo más natural y sencillo.

Por otra parte, la etapa de investigación y análisis bibliográfico sobre la Memoria Histórica pienso que ha sido muy fructífera, ya que, me ha servido para poder ofrecer una buena argumentación a mi opinión.

Asimismo, el análisis de la bibliografía ha resultado el más exhaustivo que he tenido que realizar a lo largo de los cuatro años de carrera, como es normal y me ha servido para saber desenvolverme a la hora de la búsqueda de referencias sobre determinadas temáticas. Es una experiencia que me será de utilidad para futuros trabajos, aunque estos no sean de investigación propiamente dichos. Algo que me ha aportado también esto mismo es la habilidad a la hora de citar, evitando caer en errores al parafrasear.

Finalmente, me he sentido bastante responsable al enfrentar un tema delicado como el de la memoria, porque no demasiada gente de mi edad se interesa al respecto, y pienso que la literatura es una buena forma de llevar a los más jóvenes la Memoria Histórica, y por lo tanto, hacer que la reivindicación de justicia para las víctimas no muera cuando lo hagan los hijos de éstas, para evitar que la memoria se convierta en olvido y que haya un futuro para el pasado.

3. Bibliografía

3.1 Bibliografía citada

- AGUILAR, P. (2008): *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*. Madrid: Alianza Editorial.

-BOE (2007): *Ley de Recuperación de la Memoria Histórica*, incluida en la Constitución Española el 26 de diciembre de 2007. Disponible en: <<http://leymemoria.mjusticia.gob.es/cs/Satellite/LeyMemoria/es/memoria-historica-522007>> Recuperado el 24 de agosto de 2016.

- COLMEIRO, J. (2011): “¿Una nación de fantasmas?: apariciones, memoria histórica y olvido en la España posfranquista” *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 4, pp. 17-34, [Internet]<<http://www.452f.com/index.php/es/jose-colmeiro.html>>. Recuperado el 19 de agosto de 2016.

- CORTÁZAR, J. (1969): *Del cuento breve y sus alrededores* [Internet]. Disponible en: <<https://drive.google.com/file/d/0B0ffQQIOqHEEMWdXQklwMDZKbjA/view>>. Recuperado el 9 de agosto de 2016.

-DE GRIEFF, P. (2014): *Informe del Relator Especial sobre la promoción de la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición*. Editado por la ONU. Disponible en: <http://www.memoriacatalunya.org/assets/pdf/2014_informe_relator_especial.pdf> Recuperado el 24 de agosto de 2016.

- ESPINOSA MAESTRE, F. (2011): “Represión”, en en Escudero Alday, Rafael (coord.): *Diccionario de memoria histórica. Conceptos contra el olvido*. Madrid: Los libros de la catarata, pp. 39-45.

- GREIMAS, J. (1966): *Semántica estructural, investigación metodológica*. Madrid. Editorial: Gredos. (Versión española, 1987).

- HALBWACHS, M. (1949): *La memoria colectiva*, pp. 209-219 <http://ih-vm-cisreis.c.mad.interhost.com/REIS/PDF/REIS_069_12.pdf>Recuperado el 24 de agosto de 2016.

- LARREA, M.I (1998): “Los personajes o actantes en el relato” en *Revista de Documentos Lingüísticos y Literarios de la Universidad Austral de Chile*, nº21, pp. 25-32.

- MÉNDEZ, A. (2004): *Los girasoles ciegos*. Barcelona. Editorial: Anagrama.

- MUÑOZ MOLINA, A. (1993): *La realidad de la ficción*. Sevilla. Editorial: Renacimiento.

- REISSENWEBER, B. (2003): “Personaje: proyectar sombras”, en *Gotham Writers’ Workshop*, pp. 43-79. Nueva York: Editorial Daruma.

- SÁEZ VALCÁRCEL, (2011): “Impunidad” en Escudero Alday, Rafael (coord.): *Diccionario de memoria histórica. Conceptos contra el olvido*. Madrid: Los libros de la catarata, pp.63-69.

- TESNIÈRE, L. (1959): *Elementos de sintaxis estructural*. Madrid. Editorial: Gredos. (Versión española, 1994).

- REISSENWEBER, B. (2003): “Personaje: proyectar sombras”, en *Gotham Writers’ Workshop*, pp. 43-79. Nueva York: Editorial Daruma.

- REYES MATE, Manuel (2006b): “El final de los supervivientes”, *El País*, 27 enero 2006.

3.2 Bibliografía consultada

- ARMUNIA BERGES, C. (2016): Los trabajadores de TVE denuncian que la dirección de informativos se dedica a hacer propaganda del PP. *Eldiario.es* [Internet]. 29 de enero de 2016. Disponible en: <http://www.eldiario.es/sociedad/trabajadores-TVE-informativos-propaganda-PP_0_478753127.html>. Recuperado el 21 de marzo de 2016.
- ARÓSTEGUI, J. (2004 a): “Retos de la memoria y trabajos de la Historia”, en *Pasado y memoria. Revista de Historia contemporánea*, nº3, pp. 5-51. Disponible en: <<http://revistes.ua.es/pasado/article/view/1864>> Recuperado el 9 de agosto de 2016.
- Asociación de la Recuperación para la Memoria Histórica (2016): *Acto Fosa de Gudalajara, 30 de enero de 2016 (5)*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=pVQuy956Mec>>. Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (Programa “El intermedio” de La Sexta). (2015). *El Intermedio: Programa del 22/10/2015*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=QU7cs6yb_c8> Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- BLAKE, J. (productor) y Hart, D. (director). (1982). *El prelude de la tragedia (1931-1936)*. [DVD]. Inglaterra. Granada Televisión LTD.
- BLAKE, J. (productor) y Hart, D. (director). (1982). *Franco y los nacionalistas*. [DVD]. Inglaterra. Granada Televisión LTD.
- BLAKE, J. (productor) y Hart, D. (director). (1982). *Victoria y derrota*. [DVD]. Inglaterra. Granada Televisión LTD.
- BOE (1977): *Ley de Amnistía*, incluida en la Constitución Española el 15 de octubre de 1977. Disponible en:<<https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1977-24937>> Recuperado el 6 de septiembre de 2016.

- DE LA HOZ, J.C. (productor) y SERRA, J. (director). (2002). *La guerra cotidiana*. [DVD]. España. Sagrera televisión.
- El terrat. (6 de marzo de 2011). *Salvados/ La ley de la Memoria Histórica* [Emisión en televisión]. España. La Sexta. También disponible en: http://www.atresplayer.com/television/programas/salvados/temporada-4/capitulo-21-ley-memoria-histrica_2011030700306.html. Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- ERICE, F. (2010): "Combates por el pasado y apologías de la memoria, a propósito de la represión franquista" en Aróstegui, J. y Gálvez, S. (eds.): *Generaciones y memoria de la represión franquista*. Valencia: Publicaciones de la Universidad de Valencia, pp.75-108.
- Informa RN. (2010). *Con memoria, Almudena Grandes*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=TZuriMa1D68> Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- JULIÁ DÍAZ, S. (2007): "De nuestras memorias y nuestras miserias" en *Hispanova, Revista de Historia Contemporánea*, número 7, pp. 779-799. Disponible en: <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d018.pdf>. Recuperado el 20 de abril de 2016.
- JUNQUERA, N. (2008). "En Japón me preguntan por qué aún quedan fosas". *El País* [Internet]. 7 de octubre. Disponible en: http://elpais.com/diario/2008/10/07/ultima/1223330402_850215.html. Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- La Sexta (2015). *Ascensión podrá tener los huesos de su padre, víctima del franquismo: "Me ha dado mucha alegría"*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ndBT95rGXiI>. Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- La Sexta (2015). *Hilda Farfante: "Mientras me quede voz hablaré de mis muertos"*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=tCRMunvBANg> . Recuperado el 24 de marzo de 2016.

- La Sexta (2015). *Manuel López: "No estamos conformes aún con este silencio oculto"*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=B8dJxfSbAIw>> Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- La Sexta (2016). *Ascensión Mendieta: "Sólo pensaba en quedarme con mi padre, que me entierren junto a él"*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=hOHpFNi4Ado>> Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- La Sexta. (2014). *El Intermedio - "Que una calle honre al franquismo me sienta como una patada en cierto sitio"*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=IXlwq7Te3HQ>>(24/03/2016).
- La Sexta. (2014). *Gonzo visita el laboratorio de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=siGBHtPRIaw> Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- La Sexta. (2016). *El encontronazo "vintage" entre Gonzo y Rafael Hernando por la memoria histórica*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=VmQ6THHLzXg>> Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- LUQUE, A. (2014). «Rajoy cumplió una de sus promesas: cero euros para memoria histórica». *El Correo de Andalucía* [Internet]. 27 de abril de 2014. Disponible en: <<http://elcorreoweb.es/historico/rajoy-cumplio-una-de-sus-promesas-cero-euros-para-memoria-historica-JFEC657493>> Recuperado el 22 de febrero de 2016.
- MARSÉ, J. (1973): *Si te dicen que caí*. Barcelona. Editorial: Bibliotex.
- MATAS, A. (productor) y Chávarri, J. (director). (1984). *Las bicicletas son para el verano*[Película]. España
- MORAGA, C. (2014). Los trabajadores de TVE denuncian niveles de manipulación y censura informativa "sangrantes". *Eldiario.es* [Internet]. 15 de octubre de 2014. Disponible en: <http://www.eldiario.es/sociedad/Trabajadores_RTVE-manipulacion_informativa-denuncia_0_313918893.html> Recuperado el 21 de marzo de 2016.

- NAVARRO, V. (2002): *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que se habla en nuestro país*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- OLMO, J. (2015). La Federación de Periodistas Europeos denuncia la falta de imparcialidad de RTVE. *Infolibre* [Internet]. 6 de noviembre de 2015. Disponible en: http://www.infolibre.es/noticias/el_ojo_publico/2015/10/29/la_federacion_periodistas_europeos_denuncia_falta_imparcialidad_rtve_39965_1701.html>. Recuperado el 21 de marzo de 2016.
- Onda Cádiz. (2016). *Comparsa: La Comunidad- Pasodoble a la memoria histórica*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=FxK7fPqd8Lw>> Recuperado el 24 de marzo de 2016.
- ORIA, P., ARMENDÁRIZ, M. (productores) y CORCUERA, J. (director). (2002). *La guerrilla de la memoria. Recuerdos de los maquis*. [DVD]. España. Oria films en colaboración con Canal+, Ministerio de Educación y Cultura y Cherokee Luz.
- Producciones del barrio (6 de marzo de 2016). *Salvados/ Los esclavos españoles* [Emisión de televisión]. España. La Sexta. También disponible en: http://www.atresplayer.com/television/programas/salvados/temporada-11/capitulo-15-los-esclavos-espaoles_2016030500006.html>
- Redacción de Diario de Córdoba (2007). Mariano Rajoy: "A quién le importa eso de la memoria histórica". *Diario de Córdoba* [Internet]. 28 de marzo de 2007. Disponible en: http://www.diariocordoba.com/noticias/cordobaandalucia/mariano-rajoy-a-quien-importa-eso-memoria-historica_310852.html> Recuperado el 22 de febrero de 2016.
- Redacción de Público (2015). El Consejo de Informativos de TVE denuncia manipulación en la noche electoral. *Público* [Internet]. 27 de mayo de 2015. Disponible en: <http://www.publico.es/culturas/trabajadores-tve-cargan-manipulacion-noche.html>> Recuperado el 21 de marzo de 2016.
- REYES MATE, Manuel (2003): "Recordar para mejor olvidar" *El País*, 27 de septiembre 2003.
- REYES MATE, Manuel (2006a): "Memoria e historia" en *Letras Libres*, nº 53, pp. 44-48.

- RODRÍGUEZ CÁRDENAS, M. (2007). *Luis Ramírez Palma. Alcalde de la II República en Coria del Río: su vida y su muerte (1901-1936)*. (1º ed.). Sevilla: Diputación de Sevilla.

- RTVE. Hemeroteca de rtve. (26 de septiembre de 2015). Recuperado el 21/03/2016. Disponible en:
http://www.rtve.es/buscador/?q=memoria%20hist%C3%B3rica&desde=01%2F01%2F2012&hasta=31%2F12%2F2015&site=RTVE&submit_filtrar=&start=0

- SILVA BARRERA, (2011): “Movimiento memorialista” en Escudero Alday, Rafael (coord.): *Diccionario de la memoria histórica. Conceptos contra el olvido*. Madrid: Los libros de la catarata, pp. 69-75.

Pisadas en el barro

Para los que me han acompañado estos años
y para la verdadera protagonista

Capítulo 1: Ana

El olor a bizcocho de limón me acariciaba la nariz desde una distancia más que considerable. El ruido del papel de plata con el que envolvía el dulce le hacía competencia a las vistas que se presentaban ante mí cada vez que iba a su casa. Era difícil no quererla.

Cada día le preguntaba lo mismo, ¿qué hay de comer abuela?, ¿puchero? Y así con el plato que correspondiese. No la enseñaron a leer ni a escribir, no tuvo la oportunidad, pero sí la fuerza de voluntad para aprender por sí sola. La memoria fue siempre su gran aliada. No recuerdo nada que se le diera mal. Su capacidad para mantener la calma era admirable. Ojalá la hubiese heredado.

Lo que sí parece que heredé de ella fue mi afición por la repostería, algo que compagino con mi amor-odio hacia los dulces y/o helados. Normalmente, cuando me dedico a coger una lista de ingredientes y enciendo el horno, aparte de mezclar extracto de vainilla con chocolate y tomar cucharadas de Nutella de extranjis, también me dedico a intentar relajarme, ya que en pocas ocasiones lo consigo. Tal vez su afición por la cocina también fuese una forma de conseguir conservar la calma.

Si disfrutaba cocinando, más lo hacía viendo comer a la gente, supongo que en parte por la escasez de la que se queja toda la generación de la posguerra. Y es que se lo quitaron todo. Su padre, su educación, su infancia, su libertad... Pero también se lo pusieron en bandeja todo, la fuerza para seguir adelante, la capacidad de superarse, de pelear contra las adversidades que vinieron con los años, lograron una encarnación de la resiliencia.

Hace ya casi tres años que se marchó dejando uno de los vacíos más grandes que recuerdo, de esos en los que te descubres pensando en esa persona, en mi abuela, repentinamente y sin razón aparente. Puede que ni siquiera la muerte fuera justa con ella. Mientras exhalaba sus últimos hálitos seguía preocupándose por el resto de los que la rodeaban en vez de por ella misma, le importaba más saber si nos habíamos tomado el zumo de naranja que lo que le fuese a pasar la hora siguiente.

- “¿Quiénes son abuela?” –le pregunté uno de las muchas mañanas de sábado que pasé en su casa.

- “Mis padres, tus bisabuelos. Mi madre se murió cuando yo era pequeña y mi padre se murió en la guerra. Lo mataron.”
- “¿Por qué abuela?” –inquirió mi yo de menos de diez años.
- “Porque no era de los que ganaron” –asintió sin más.

¿Por qué si desde pequeña me habían enseñado que lo importante es participar, al padre de mi abuela lo mataron por “no ser de los que ganaron”?, ¿tan mal lo había hecho para merecer ese castigo? Ni por aquel entonces le encontré sentido.

A medida que fui creciendo me costó más trabajo entender cómo mi abuela era capaz de seguir en pie en la batalla de la vida. Sin embargo creo que he conseguido comprenderlo, porque lo que para otros es una simpleza, para ella lo era todo. Era feliz haciendo feliz, lo era por ver a los demás felices, por haber sacado a su familia adelante. Su objetivo era eso, y al menos en parte lo consiguió, a los demás nos hizo mejores.

Antes de decidir qué quería ser de mayor, ella tuvo que afrontar la orfandad debido a la enfermedad de la madre y al asesinato del padre.

- “Yo tuve mucha suerte” –me comentó en una ocasión mientras yo ponía cara de espanto- “Pude quedarme con mi tía, y ella me trató muy bien. Hasta que fue posible fui al colegio, aunque no me dio tiempo de aprender a leer y a escribir. Tuve que dejar de ir a la escuela para trabajar en la fábrica de aceitunas y luego por la tarde ir a limpiar casas. Yo tuve mucha suerte”.
- “¿Y cómo aprendiste a leer y a escribir entonces abuela?, ¿cómo haces para escribir las recetas de ese cocinero de la tele?” –pregunté yo mientras recordaba las tardes de invierno en casa mientras mi madre intentaba enseñar a mi hermano que la eme con la a se decía “ma” entre aspavientos de él.
- “Observando, aprendí yo sola. Yo quiero que tú estudies mucho, por eso me pongo siempre tan contenta cuando traes esas notas tan buenas”.

Por aquel entonces yo quería ser médico, arqueóloga o astrónoma, no recuerdo bien en qué fase estaba. Sin embargo, la profesión escogida fue la de periodista. Cuando me dijo que quería que estudiara, llegué a dos conclusiones: tenía que conseguir labrarme un futuro, porque haría sentir orgullosa a mi abuela. Siempre me gustó verla sonreír. Pero también tenía que acabar siendo como ella, algo que para mí es más importante que

cualquier otra cosa. Empezó a rondarme la idea de querer ser buena persona por encima de todo con lo que ello conlleva. Ahora estamos empezando a ser autómatas al apartar la empatía de nuestro camino igual que cuando intentamos evitar el contacto visual con aquel comercial de aquella ONG. El *yoísmo ilustrado* se apodera de la sociedad mientras temo que alguien encuentre un manuscrito de Orwell que lleve por título 2030.

- “¿Por qué te has escondido?, ¿quieres salir?” –me decía por un hueco de la puerta cáscara de huevo entreabierto muy a mi pesar. Nunca se podía cerrar bien del todo, al igual que otras cosas.
- “¿Ya se ha ido?”
- “Sí, ¿quieres que nos sentemos en el banco a tomar el sol?” –me encogí de hombros y entré de nuevo al salón.
- “¿Por qué se pelean por el mando de la tele? Ya ni mi hermano ni yo lo hacemos. ¿por qué vive aquí?” –siempre a pesar de que lo que descubriera luego no fuera lo mejor. Una vez que conoces algo, ya no hay vuelta atrás. Una sonrisa extraña se dibujó en su cara.
- “Se pelea por todo. Es así desde que era pequeño, le vale lo más mínimo para empezar una discusión. Te he comprado helados de fresa, ¿quieres uno?” –ahora la sonrisa era mía.

Los ochenta fueron instigadores de libertades, pero también fueron los años de la introducción de las drogas. Las rechazo desde siempre, quizás también porque las conozco desde que tengo uso de razón. Para mí son como aquello de un elefante en la habitación. No fue necesario que nadie me dijese que mi tío era (¿es?) drogadicto, simplemente lo asumía mientras miraba el cuadro del día de su boda con su mujer que colgaba en la pared de detrás del televisor. Todavía no cuesta el tabaco tanto dinero como el que él le pedía a mi abuela para comprar el paquete.

Aunque sí que conocí la adicción de mi tío Antonio desde el principio, no fui consciente de su gravedad hasta que fui un poco más mayor. Hasta que mi amigo me mandó un mensaje de texto diciéndome que estaba tirado al lado de la carretera borracho o hasta aquel otro día en el que yo estaba en la puerta de la biblioteca y lo vi pasar en el coche de la policía. No, más exactamente hasta el día que tuve que ir a las doce de la noche a por

su dosis de metadona porque no aguantaba hasta las ocho de la mañana del día siguiente. A partir de ese momento ya supe mucho más de lo que hubiera deseado.

Ni siquiera respetó el descanso de mi abuela en sus últimos días de vida. Seguía discutiendo mientras todos sabíamos que su madre se estaba muriendo. La mujer que se había preocupado por él en todo momento, a pesar de los numerosos varapalos que le había dado, a pesar de tener que mandar a gente a comprarle una dosis, a pesar de desaparecer durante días sin que ella supiera si estaba vivo o muerto. Creo que fue entonces cuando empecé a perderle el cariño que después de todo le tenía. Quizás para mi abuela era un consuelo escucharlo todavía, aunque fuese discutir.

- “Abuela, ¿quién es el padre de la prima?” –creo que aquí sí que sonrió de verdad, no sé si por la edad que yo tenía o por la desvergüenza provocada por la curiosidad.

Ese era otro tema tabú que estaba flotando en el aire como cualquier gas, como el oxígeno, sabes que está ahí porque sigues respirando. Yo me preguntaba por qué los apellidos de mi prima cambiaban de unos papeles a otros, por qué llevaba los dos apellidos de su madre la mayoría de las veces, mientras que en uno de los diplomas que tenía colgado en su cuarto aparecía un primer apellido compuesto.

- “Un hombre” –al ver mi cara ante la simplicidad de la respuesta volvió a reírse con ganas. “Un hombre que no quiso saber nada”.

Pensé que estaba ya bien por el momento, que ese día ya había que pasar página. Cambié de tema preguntándole qué estaba haciendo de comer. Nunca más volví a sacar lo del padre de mi prima, ni lo hice con ella y mucho menos con cualquier otra persona.

Una madre soltera allá por 1975 en la veintena. Su nieta fue más que eso, fue una hija que no abandonó su casa hasta que cumplió los treinta, y antes de casarse muy a pesar de los deseos de mi abuelo. Se vio obligada por ese hijo que jugaba con sustancias psicotrópicas que sólo veía envidias y celos por todas partes. Le robó uno de sus primeros sueldos cuando empezó a trabajar y también falsificó su firma para sacar dinero de su cuenta bancaria. Sin embargo era su hijo, y ella más que su nieta.

- “¿Por qué se fue el abuelo a Alemania abuela?” –pregunté ansiosa, como sigo haciendo ahora, como queriendo ir más allá de la aparente pregunta.
- “Tenía que ganar dinerito, porque aquí no había. Hubo mucha gente que se fue a otros países, a Francia, a Suiza, a Venezuela... Tu otro abuelo se fue también”.
- “Sí, lo sé. ¿Y cómo se portaba el abuelo contigo cuando erais jóvenes?” –la mirada de reojo que lancé buscaba encontrar en la respuesta algo que ya podía medio suponer.
- “Bueno, le gustaba yo, pero también le gustaba la calle. El bar del clavel, ese le gustaba” –respondió no sólo con las palabras, sino con la expresión de su cara que hacía sospechar que también acababa de ver en su cabeza aquellos momentos en los que tuvo que ir a buscarlo.

Recuerdo a mi abuelo como un hombre bueno, que le gustaba la risa fácil y los comentarios jocosos, que quería que fuese de su equipo de fútbol, a pesar de que yo renegaba de él e inventaba canciones con las que él hacía como el que rabiaba. Creo que a mi abuela sí que le gustaba que yo fuese más del río Betis, hasta me compró una hucha con los colores del equipo cuando era pequeña.

Mi abuelo me llevaba con él al bar y lo veía jugar al dominó, creo que desde entonces siempre me sentí más a gusto con las personas que eran más mayores. Me decía que me pusiera detrás de los compañeros de mesa para mirarles las fichas, todo de broma claro. Creo.

También íbamos a coger caracoles, yo, que ahora cuando llega la primavera me bajo de la acera con tal de no pasar pegada a las fachadas encaladas por si a algún saltamontes le da por hacer ejercicio de piernas.

En sus últimos años lo recuerdo como hipocondríaco, con El Correo de Andalucía entre las manos y la radio apoyada en el hombro. ¡Maldita sección de ciencia del periódico! Y arrastrando los pies, siempre arrastrando los pies, no sé si por costumbre o por cansancio. También entró en escena la demencia, y mi madre afeitándolo con una palangana y una brocha. ¡Qué habría hecho sin las buenas mujeres en su vida!

Supe que había muerto antes de que me lo contaran. Mi padre fue a recogerme al colegio, y la muy discreta gente de pueblo le preguntaba cosas delante de nosotros. En ese punto sufrí por mi hermano. Decidieron alargar la agonía de la ignorancia un día más, llevándonos con mi tía a la casa de mi otro abuelo. Tomamos el sol y quitamos verdina de la azotea.

Al día siguiente, y después de que se repitiera la escena de la gente preguntando a mi padre a la llegada y salida del colegio delante de nosotros, mi madre volvió a casa. Creo que fue la primera vez que la vi llorar. Me lo contó mientras yo la miraba callada, como si no fuera conmigo. No lloré, sólo contemplaba su rostro intentando que encontrara en el mío algo de consuelo, algo de futuro.

Algo más tarde, y mientras lo ayudaba a salir de la ducha, le relató la misma historia a mi hermano. Él lloró. Lloró como una persona mayor. Quizás si se lo hubiera dicho antes no habría necesitado abrir el grifo antes de usar el gel. Ojalá yo también lo hubiese hecho.

Después de eso mi abuela llevó luto durante un tiempo, el humor de siempre y el luto. Desde el principio pensé que no le pegaba vestir de negro. Mi abuelo fue bueno conmigo, me quería. Mi abuelo quiso a mi abuela, pero no sé hasta qué punto fue más o menos bueno. Igual que mi tío y mi prima, también la haría feliz.

- “Ven para acá que te dé dos besos. Tienes que seguir así, para poder tener un trabajo luego, ¡qué buenas notas! He hecho pan frito, ¿quieres?” –contestaba, y en el tiempo en el que me daba la vuelta, medio barrio se había enterado de que su nieta había sacado diez sobresalientes, con el consecuente todo sonrosado de mejillas.
- “Bueno, aunque mi madre no quiere que comamos nada, que después no acabamos con el plato”.
- “¡Anda tonta! Cógelo”.

Fue un ritual que se repitió hasta que se fue, premiarme con un “ven para acá que te dé dos besos”. Quizás por eso cuando suspendí economía en el primer año de carrera ni siquiera sabía cómo decírselo, por eso intenté tapanlo con un “pero tengo de media un notable”. Sin embargo, su reacción fue la de siempre, “eso lo sacas tú seguro en septiembre, y con más de un cinco”. No llegó a ver el ocho que saqué. Entonces lloré.

Llevaba diecinueve años de mi vida haciendo lo mismo, llegar a casa de mi abuela después de volver de estudiar donde me tocara o de trabajar, entrar a verla y preguntar qué había de comer. Quizás por ahí también supe que se estaba muriendo y me dedicaba a decirlo sin remilgos pero con dolor, como para asumir las cosas que sabes que nunca se asumen.

El 18 de julio de 1936 comenzó el alzamiento militar que le quitó todo lo que la vida le había dado y le dio toda la fuerza para continuar con la vida. El 18 de julio de 2013 el tiempo acabó con lo que le quedaba, pero no con lo que ella había dejado tras de sí: su felicidad y la del su entorno

Lloré, esa vez sí lloré. Ese día, al día siguiente, aún a veces hoy. Al cabo de las semanas seguía olvidándome de que ya no estaba en casa y continuaba entrando a verla a eso de las dos, o cuando salía por la tarde, luego disimulaba y miraba de lado a lado cuando llegaba a la puerta, para ver si me había visto alguien.

No fue entonces cuando el tema de buscar una forma de compensarla, de honrarla empezó a rondarme la cabeza. De hecho creo que empecé a pensar y a hacerme interrogantes la primera vez que me fijé en aquella foto de sus padres en blanco y negro, quizás sepia, con marco plateado que a día de hoy sigue en la esquina de la cómoda: ¿por qué si desde pequeña me habían enseñado que lo importante es participar al padre de mi abuela lo mataron por “no ser de los que ganaron”?, ¿por qué no hay cielo para aquellos que se dedicaron a defender otra postura?

El día de mi graduación fue gris, del mismo color de la banda cemento que las manos de alguien que se había encargado de enseñarme posó sobre mis hombros. Fuera lucía el sol y el calor pasaba factura a los rostros cargados de maquillaje, que resbalaba por las caras. Fue gris pero también amarillo como el vestido que llevaba, el color de la felicidad.

Nadie sabe lo que me hubiese gustado que ella estuviese conmigo ese día, y no precisamente por egoísmo personal, sino porque sé que se hubiese sentido sumamente orgullosa de ver a la primera nieta que lograba obtener un título universitario. Ese día los dos besos se habrían multiplicado seguro.

Mi madre me miraba desde la esquina disimulando las lágrimas, como aquel día que pronuncié el discurso de mi anterior graduación. Ella siempre se pone más nerviosa que yo, como cuando me presenté a selectividad, que entre pasada de fregona y pasada de fregona que daba en la iglesia, se ponía a pedirle al Cristo. O como cuando me voy de viaje, o cuando me presento a un examen, o cuando necesita que la avise cuando llego a los sitios porque le da miedo de que haya sufrido cualquier accidente. Supongo que es algo que no puede evitar.

Cuando me miran orgullosos siento una carga de responsabilidad que supera mi peso. ¿Qué iba a hacer ahora? Llevaba meses quejándome de las ganas que tenía de terminar, y del miedo por hacerlo, ¿es que acaso no sería yo un número más del milagro de la recuperación económica de nuestro gobierno?, ¿podría tener algo yo que marcara la diferencia? En estos momentos es cuando soy consciente de que los que pasamos somos nosotros. Al tiempo, como a cualquiera otra unidad de medida, lo bautizamos nosotros porque necesitábamos marcar el transcurso de la historia, y en esos cuatro años era yo la que había cambiado, porque las ocho y media de una mañana de septiembre, seguían siendo las ocho y media de una mañana de septiembre, pero yo ya no era la misma que aquel primer día.

- “¿Qué vas a estudiar al final?, ¿estás ya segura de que vas a estudiar periodismo? El otro día me preguntó Mercedes y yo se lo dije ya.” –me comentaba mi abuela mientras le quitaba la tapadera a la olla exprés y volvía a echar un poco de sal.
- “Sí. La gente dice que estudie medicina, que estoy desaprovechando una oportunidad. Sé que mi madre hubiera preferido ciencias políticas y mi padre quizás alguna ingeniería. En los pueblos sólo son importantes los médicos, los ingenieros y los abogados.” –le contesté molesta.
- “Recuerda que has trabajado para tener la posibilidad de escoger estudiar lo que más te guste, para eso sirve sacar buenas notas. La carrera la puedes sacar, pero el trabajo es algo que te acompaña toda tu vida.”
- “Lo sé, eso es lo que me pone más nerviosa, que es sólo mía”.

Dos semanas después a medianoche recibí un mensaje de texto. Estaba dentro en la primera convocatoria.

Capítulo 2: Desempolvando recuerdos

El ruido de las teclas se había instalado en mi cerebro del mismo modo que mi pensamiento. Lo había interiorizado de forma que sabía distinguir si la que estaba pulsando la “a” era Rosa con su ordenador de principios de los 2000 o Fede con su portátil de la manzanita.

Estoy trabajando en un periódico local después de haber acabado la carrera hace dos años y medio, y es el primer trabajo como periodista que he encontrado. Cubro ruedas de prensa, voy a inauguraciones de locales y le hago entrevistas al famosillo de turno. Si el mes está de suerte me dejan hacer algún reportaje. Si está de suerte y hay dinero.

- “¿Qué estás haciendo?, ¿cómo llevas la entrevista?”- me preguntó Fernando.
- “Nada, estaba pensando. La entrevista bien, sobre todo si tenemos en cuenta que algunas preguntas han sido sugeridas”- le contesté.

Fernando es mi compañero de trabajo. Nos contrataron a los dos casi a la misma vez, y solemos llevar las mismas tareas. Es de esas personas que te mira con la intención de escrutarte, pero que con los mismos ojos es capaz de hacerte sentir reconfortada.

- “Ya encontrarás tú alguna forma de buscarle las cosquillas, te bastará sólo con mirarlo fijamente más de cinco segundos”- añadió.

Opté por sonreírle, ya que notaba el calor subiéndome por las mejillas. En ese momento entró Luis, el director del periódico, un hombre alto, con pintas de escritor frustrado y que a pesar de haber destacado por su rigor en la profesión desde hacía años, ahora se encontraba entre la espada y la pared debido a la crisis económica.

- “Lo siento Luis, lo siento de verdad, sé que te dije que tendrías la crónica sobre la inauguración del...”- estaba diciendo cuando me cortó.
- “No te preocupes, ya lo terminarás. Antes de las doce claro. No vengo a reclamarte nada, vengo a ofreceros a Fernando y a ti un reportaje. Sé que no es muy atractivo para vosotros pero...” – esta vez a Luis lo interrumpió Fernando.

-“Que lo haga Lola, yo ya tengo el del festival de este mes. Seguro que ella además le da el toque que le falta los míos” - me guiñó un ojo y otra vez el rojo me tiñó las mejillas.

- “¿Por qué se lo das sin saber siquiera de lo que trata?, ¿bueno, lo vas a querer no Lola? Trata sobre la memoria histórica, a ver cómo me lo haces atractivo para poder encajarlo bien en el periódico, ¿vale?”

- “Tenlo por seguro Luis. Y perdona, en media hora te dejo la crónica en el despacho. Mañana tendrás el planteamiento del reportaje”- respondí cuando ya le estaba viendo la nuca en lugar de los ojos.

- “Oye, perdona, no ha sido por endosarte el reportaje, pensé que...” – decía Fernando mientras yo me sumía en mis pensamientos.

La memoria histórica. La memoria histórica. Retumbaba en mi cabeza, ahora ya con las teclas sin sonar. ¿Estaba ante mí la oportunidad que había estado buscando años atrás de buscar información de forma más eficaz?, ¿podría hacer algo por mi abuela después de tantos años?

-“... entonces tendrías que buscar a alguien para que... ¿Estás escuchándome Lola?” – la voz de Fernando volvió a sonar.

-“Sí, sí, perdona, ¿qué decías? Sí, vale, sí tendré que buscar a gente, a ser posible de las zonas donde haya fosas”.

-“¿Qué estabas haciendo?, ¿no has dormido bien?”

-“Estaba pensando. La memoria histórica, ¡vaya!”.

Esa noche no dormí muy bien pensando en lo que le iba a plantear a Luis al día siguiente para conseguir su aprobado. ¿Cómo podría conseguir un reportaje publicable que no fuese muy caro y rentable sobre un tema como la memoria histórica?

Después de recorrerme la cama por enésima vez, recordé que ya había visitado un lugar clave para la memoria. El Centro Documental de la Memoria Histórica en Salamanca. Fui con diecisiete años y sentí las mismas ansias que cuando voy a los museos, la de querer llevarme las cosas a mi casa y poder toquetearlas y observarlas a mi gusto.

Pero a pesar de que encontré una nueva vía de enfoque, también me topé por ello con un obstáculo, ¿quién iba a pagar el coste del viaje a Salamanca si me pasaba del presupuesto?

Luis ya me había comentado que este mes andamos más cortos aún si cabe. A unas malas siempre podría ponerlo de mi bolsillo.

Antes de acostarme di un par de vueltas más, eso sí, fueron muy lentas. ¿Cómo podría conseguir todo lo que me proponía de cara al reportaje y además hilarlo con la historia del padre de mi abuela?, ¿cómo debía enfocararlo?

Al día siguiente llegué a la redacción con unas ojeras que hacían juego con el color del cielo. El olor a café me iba despertando, pero su sabor hacía que quisiera comerme un paquete de chicles entero. Era más temprano de lo normal y estaba sola, así que aproveché para buscar información sobre la temática del reportaje.

Los nombres de Reyes Mate, Paloma Aguilar y Juan Aróstegui pasaban ante mí cuando Fernando llegó a la oficina. Levanté la mano del ratón para saludarlo, pero él prefirió pellizcarme la cara.

-“¿Qué pasa?, ¿ya estás pensando?”.

-“Todos estamos siempre pensando, así que sí, estoy pensando. Muerta de sueño, pero estoy pensando” – le contesté.

-“Tú hoy no has tomado All-Bran...” – me dijo, a lo que le siguió una mirada de las que matan por mi parte – “¿Qué necesitas?”.

-“¿Con cuánto cuentas para cubrir lo del festival? Es que quiero ir a Salamanca, a visitar el Centro Documental de la Memoria Histórica, ¿crees que Luis me dará algo más?”.

-“No le pidas nada a Luis. Yo te lo dejo. Seguro que a mí me sobra. El reportaje que tengo yo se escribe solo, y además hay cerveza gratis. ¿Cuánto te hace falta?” – añadió firmemente.

-“Pareces el Padrino, por Dios, ¿vas a cobrarme luego los intereses?, ¿te vale con un guiño en lo que escriba?”.

-“Me vale con que estés satisfecha con lo que hagas, ¿por qué te involucras tanto en esto?” – dijo. Supongo que no había que ser un Séneca para verme en la cara el interés.

-“Por mi abuela, y porque creo que no se ha hecho justicia con los que...” - estaba diciendo cuando Blanca y Cristina llegaron.

-“¿Nos tomamos algo luego y me lo cuentas?” – me preguntó, a lo que asentí.

Seguí recabando información para tener los diferentes puntos que iba a incluir en el reportaje antes de pasarme por el despacho de Luis en busca de su aprobación.

Centro de Documentación de la Memoria Histórica, un estudio de la Junta de Andalucía sobre la localización de fosas comunes en la provincia de Sevilla, bibliografía especializada gracias en parte al filósofo Reyes Mate, cuya foto me hacía pensar en él como en una de esas personas que me dan ternura, una colección de DVDs que lanzó “El País” hace diez años...

Las once. Era hora de presentarle el proyecto a Luis. Me levanté decidida y confiada, pero nunca el pasillo hasta su puerta se me hizo más corto. Entré y ya se me atropellaron las palabras.

-“¿Cómo?, ¿qué dices?” – inquirió.

-“Perdona, me he atragantado. Traigo lo que he sacado en claro para elaborar el reportaje, ¿puedo enseñártelo o estás muy ocupado?”.

-“Adelante. Véndemelo como si te fuese la vida en ello” – recalcó. Acto seguido tragué saliva.

-“Bien. He estado buscando información y he conseguido esto” – le presenté los documentos en su mesa y los miró recostado en su silla. Al no decir nada intuí que le parecía bien – “Sé que aún tengo que buscar más información, pero son los primeros pasos”.

-“¿Qué me dices sobre el enfoque?”.

-“He pensado en hilar toda la información y los testimonios que vaya recogiendo con una historia” – siguió callado, así que lo tomé como otra aprobación – “Bueno, y quiero hacer un viaje a Salamanca...” – empezó a mirar por encima de las gafas.

“... viaje para el que no te tengo que pedir más dinero porque ya está todo hablado”.

-“Cuando lo tengas vente de nuevo... ¡Ah! Antes de ir a Salamanca avísame, conozco a alguien que te puede ayudar”.

-“Gracias Luis” – contesté, y salí en busca de mi escritorio.

A las siete de la tarde salí de la redacción con Fernando en dirección a la Alfalfa. Aunque estaba un poco cansada quería cumplir mi promesa, y también se lo debía, ya lo dejé plantado otra vez porque mi lavadora decidió estropearse en domingo.

-“Entonces a ver, el padre de tu abuela, la supermujer, está en sabe Dios dónde desde 1936...” – decía mientras miraba a través de su cerveza – “... y ahora, tú gracias a este reportaje pretendes saber algo más, no solo del tema de la memoria histórica en general, sino también de él. ¡Qué fría está!”.

-“Es diciembre y son las ocho de la tarde, es normal que esté fría. Sí, exacto. El problema es que no sé hasta dónde me dejarán llegar, ya sabes, hay muchas trabas con respecto a este tema. Cuando en la Transición se abogó por el olvido, se hizo lo propio también con esto. Olvido y amnistía”.

-“¿Tú no habías intentado ya algo parecido? Quiero decir, ¿no me contaste algo por encima sobre que empezaste a hacer preguntas a la gente del pueblo?”.

-“Sí, cuando trabajaba como dependienta estuve preparando un reportaje sobre lo mismo, pero a menor escala. Pensaba entregarlo junto con mi currículum, pero la gente estuvo más callada que en misa. Ya sabes, en los pueblos todos nos conocemos y todos tenemos algo que callar”.

-“Tienes que tener cuidado Lola, y saber hasta qué punto te puedes implicar” – me dijo en tono firme mi compañero.

-“¿Sabes lo que más me molesta de todo esto? La falta de empatía de la gente con respecto a ello, ¿es que acaso no es normal querer saber dónde está enterrado tu familiar? Si eso se diese a día de hoy resultaría intolerable, ¿por qué tiene que ser distinto porque pasase hace ochenta años?”

-“La gente olvida Lola, por eso se necesita la memoria. Cuando se pisa el barro, la pisada se queda un tiempo, pero después acaba desapareciendo la marca. Sucede lo mismo con esto” – comentó serio.

Llegué a casa sopesando las posibilidades de fracaso que podría tener mi investigación. Puede que no encontrase lo que andaba buscando en Salamanca, puede que Fernando me hubiera prestado dinero en balde, puede que yo creyera que había más de lo que realmente haya (hay)... El autobús salía a las seis y media de la mañana y yo a las tres seguía despierta. Cuando sonó el despertador apenas había dormido dos horas.

El viaje fue más largo de lo que recordaba de mi vista (visita) anterior. Paisajes verdes, embalses y pueblecitos de la meseta se asomaban a la ventana mientras que las señales rectangulares indicaban los cambios de provincia y comunidad.

Cuando bajé del autobús en Salamanca el frío me cortó la nariz. Paseé hasta el hotel, cerca de la plaza del ayuntamiento, con miedo de que me confundieran con el reno de Papá

Noël. Con suerte sólo me pararon unos ingleses para preguntarme que por dónde había ambiente por la noche.

Una vez que llegué a la habitación y revisé el estado de las sábanas de mi cama, me tumbé en ella para llamar a Luis. Había concertado la visita para ir al Centro de Documentación la mañana siguiente, pero seguía sin saber nada de esa persona que me iba a ayudar supuestamente.

- "Luis, soy Cristina, verás, es que estoy en Salamanca..." - estaba diciéndole cuando como de costumbre me cortó.

- "¿Después de tres correos y de dejarme un papelito por debajo de la puerta del despacho crees que no sé dónde estás?" - comentó sarcásticamente.

- "Lo siento, sólo quería asegurarme de que no lo olvidabas. Bueno, ¿quién va a ser mi guía mañana?" - le pregunté sin más rodeos.

- "Se llama Manuel y es uno de los historiadores encargados del archivo. Te mando un mail con su correo y su número de teléfono. Avísale antes de ir, aunque probablemente se encuentre allí cuando vayas. Dile que yo te he dado su contacto".

- "Muchas gracias Luis. Oye, ¿de qué conoces a...?" - le estaba preguntando cuando colgó el teléfono. Me tocaría a mí descubrir al día siguiente quién era el tal Manuel.

Miré el reloj y sólo eran las siete de la tarde, pero los párpados empezaban a pesarme demasiado como para sólo echarme un rato, así que decidí ducharme de nuevo y pensar en el día siguiente desde la incomodidad de mi almohada. Al menos el colchón era bueno.

Me desperté a las cuatro de la mañana porque a pesar de que la calefacción seguía puesta, el frío era considerable. Llevaba nueve horas durmiendo y seguía teniendo sueño, así que le subí un grado al termostato y me volví a la cama. Cuando me desperté de nuevo, ya eran las ocho, pero esperé hasta las 9 para llamar a Manuel. Su voz era aspera pero desembocaba en un tono tierno. Me dijo que estaría allí a las once.

Llegué un cuarto de hora antes, pero porque mi miedo a perderme por las calles de la ciudad era superior al de llegar tarde. Había unos bancos frente al edificio, así que decidí

sentarme en uno junto a un señor, de unos sesenta años que decidió entablar conversación conmigo.

- "¿No eres de aquí verdad?" - me preguntó de repente.
- "No, ¿cómo lo ha sabido?" - una suposición que ahora se volvía más sencilla porque el acento me delataba.
- "Tienes los labios agrietados y la nariz roja y con zabañones. No estás acostumbrada al frío seco de Salamanca" - argumentó. "Como esto puede empezar a parecerle raro te lo digo ya, soy Manuel, encantado".
- "¡Ah! Perdona Manuel, no he sido capaz de reconocerle por la voz. Yo, como ya veo que sabe, soy Lola. He venido porque necesito recoger alguna información con respecto a los documentos que ustedes guardan aquí sobre la Memoria Histórica, ¿habría algún problema en principio?".
- "Por supuesto que no, hija, pero dime, ¿qué hace una chica tan joven interesada en un tema tan viejo?"
- "Supongo que precisamente estoy interesada por eso, porque es viejo y se olvida, y hay cosas que se merecen un hueco en la memoria y en las páginas de los libros. Si me permite la pregunta, ¿de qué conoce usted a Luis?"
- "Lo conozco de toda la vida. Es mi hermano, ¿es que no te lo ha dicho?" - me preguntó mientras nos levantábamos ya en dirección a la entrada del archivo.

Papeles rasgados, de color beige y mecanografiados se encerraban en aquellas cuatro paredes preparadas para conservarlos. El olor de la sala era igual que el que me acariciaba la nariz cuando abría el viejo libro de Cervantes que mi padre guardaba en casa, pero multiplicado por mil. Manuel me había explicado mientras llegábamos a la habitación que la relación que tenía con Luis no se caracterizaban precisamente por la efusividad, a pesar de que no tenían la oportunidad de verse a menudo. Definió a mi jefe como una persona parca en palabras, porque en lugar de ponerlas en su boca las dejaba en su cabeza.

- "Manuel, como le dije tengo una pequeña entrevista preparada para usted, ¿puedo hacerle algunas fotografías?"

- "Por supuesto, pero prefiero que las dispaes sin flash o que las hagas una vez que haya cerrado los archivadores. Estos papeles que ves aquí son bastante frágiles. ¿Estás interesada en alguna zona de España en concreto, o en alguna fecha?"

- "Si existe la posibilidad sí. ¿Podría mostrarme los documentos que tenga sobre la zona de la provincia de Sevilla en 1936?"

- "¿A quién vienes a buscar? Eres la primera persona que no se limita a decirme que le enseñe algún documento para poder hacerle una foto con su smartphone" - me preguntó.

- "El padre de mi abuela. Desapareció después de que lo delataran y nadie supo más de él. No sé si podré encontrar algo sobre él, porque ni siquiera estaba afiliado a ningún partido. Tengo aquí su nombre y apellidos, y sé que era republicano, dónde estaba escondido y quién lo delató" - le respondí.

- "A ver, déjame el papel por favor. Puede que tengas suerte".

Después de observar durante cuarenta minutos cómo Manuel se paseaba entre los pasillos y revisaba cajas escogidas de las más de veinte estanterías de la sala, escuché su voz desde la otra esquina de la habitación.

- "Creo que he encontrado algo, hija" - me dijo alzando un poco la voz.

Nada más escuchar sus palabras me levanté de mi asiento y noté cómo el pulso se me aceleraba, ¿de verdad iba a ser así de sencillo?, ¿había encontrado yo en mis veinticinco años de vida algo que mi abuela ni siquiera había rozado en casi noventa? Decidí relajarme, pero me sentía como si me hubiesen puesto una mascarilla de oxígeno.

- "¿Puedo acercarme Manuel?" - le pregunté por mi miedo a estropear algo.

- "Sí, pasa, pero no puedes tocar nada de esto. Te voy a leer lo que he encontrado. No es lo que venías buscando, pero según lo que me has contado del padre de tu abuela, creo que puede servirte de algo. "

Manuel empezó a leer una parte de detención de un chaval de diecinueve años. Según lo que fue diciendo, había estado escondido en el mismo sitio que el padre de mi abuela y había sucedido en el margen de fecha que le había proporcionado al historiador.

Cuando creía que Manuel ya había acabado su lectura, cogió otro papel que tenía al lado para darme el nombre del chico, pero también para decirme que lo habían llevado al barco- cárcel que había en la época en el puerto de Sevilla. Al final del folio se veía la estampa de un sello con la palabra defunción.

- “Lo siento Lola, sé que no es lo que esperabas, pero es difícil irse de aquí con todas las respuestas. Puede que aparentemente no sea mucho, pero es una buena forma de comenzar” - me decía a modo de consuelo.
- “Lo entiendo Manuel. Está bien, no se preocupe. No sé por qué me decepciono cuando creía haberme mentalizado para enfrentarme a la situación de no encontrar nada” - le respondí - “¿Puedo copiar los datos?”.
- “Claro hija, adelante”.

Después de la búsqueda, le hice la entrevista al historiador, algo que me dejó ver que era una persona apasionada por su trabajo, y que verdaderamente creía en su labor y estaba comprometida con ella.

- “¿Sabes eso de que “un pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla”? Pues ya está pasando, y desde aquí de verdad que intentamos que no ocurra pero no nos lo están poniendo demasiado fácil. Las personas se mueren y sus historias consigo - me comentaba con fuerza en la voz, pero con una mirada triste.

Le tomé unas fotos sin flash en la sala en la que habíamos estado, y otro par en la puerta del Centro de Documentación. Le di las gracias por lo que había hecho por mí, y mi correo electrónico para irle informando de cómo fuese llevando el tema.

- “Dale recuerdos a Luis, y dile de mi parte que de vez en cuando se puede acordar de que tiene un hermano, que no pasa nada por que dé alguna muestra de cariño alguna vez” - dijo para despedirse.

Cuando llegué al hotel me tumbé en la cama, y sin darme cuenta volví a quedarme dormida. Cuando me desperté eran más de once de la noche y ya no podía pegar ojo. Me levanté y puse encima de la cama todos los archivos que me había llevado de Sevilla y lo nuevo que había conseguido gracias a Manuel. Cuando me disponía a coger el portátil para seguir buscando más información, sonó el móvil.

- “Sí, ¿dígame?” - respondí mientras al otro lado se escuchaba de fondo el ruido de un microondas.
- “Si no me lo cogías pensaba dejarte la cabeza de un caballo en la cama mañana. ¿Cómo va tu aventura salmantina?” - contestó Fernando.
- “Va, al menos va, pero a la aventura le queda ya poco”.

Le estuve contando todo lo que había pasado desde que me bajé del autobús, cuando se le ocurrió algo que, por mi forma de ser curiosa, se me tendría que haber pasado por la cabeza a mí antes:

- “¿Tienes el nombre del chaval, no?, ¿sabes que Facebook sirve para más cosas además de para subir fotos de cuando estuviste en Zahara, no? Si ese muchacho no tenía apellidos demasiado comunes, puede que encuentres a alguno de sus descendientes ahí, y te pueda proporcionar algo de información. ¿Por qué no quieres hablar con el nieto del que los delató?” -añadió a su consejo.
- “Sabes que voy a tener que hablar, que lo tengo planeado, pero simplemente no quiero hacerlo ahora. Una vez que consiga algo más lo haré” - le respondí.
- “Bueno... Te dejo, porque te queda un buen rato de búsqueda en la red. ¿Vuelves mañana verdad? Estaré en la oficina hasta tarde. Nos vemos. De nada”.

Cuando Fernando colgó, encendí el ordenador para intentar encontrar a alguien relacionado con aquel pobre de diecinueve años, pero parecía que su apellido se había extinguido con su muerte. Casi que hubiera preferido que se llamase Gómez Pérez, pero no, era Daniel Le Goff Esteban.

Tuvieron que pasar dos horas para que cayese en que existía la posibilidad de que estuviera usando los filtros de búsqueda erróneos, al fin y al cabo su primer apellido no era español, así que puede que ni siquiera él lo fuese, al menos no por completo. Cambié

la zona de residencia y seleccioné Francia, probando con el nombre Daniel Esteban y Daniel Le Goff. Más de cien resultados.

Por fin, a las seis de la mañana, creí haber encontrado algo interesante, había un Daniel Esteban que vivía en Marsella, y que según sus fotografías había estado visitando varios pueblos de la provincia de Sevilla durante los últimos tres años. Antes de poder mandarle un mensaje me quedé dormida.

Capítulo 3: Removiendo la tierra

Desde que llegué a Sevilla no había parado de pensar en cómo abordar al tal Daniel Le Goff. ¿Cuánto tiempo tardaría en dejar en marcación rápida el 112?, ¿se dignaría siquiera a contestarme aunque le contase toda la historia? Quizás simplemente yo había asumido que él era un familiar directo del hallazgo de Manuel en Salamanca, y sólo era una simple coincidencia, pero me negaba a no intentarlo, y menos cuando me encontraba a un golpe de click.

Al final, después de pasarme la noche en vela cambiando puntos y comas de lugar y de revisar por completo el mensaje que le iba a mandar, escrito en francés y español por lo que pudiera pasar, le eché valor y pulsé “enviar” antes de salir para la oficina. Nada más cerrar la puerta desactivé los datos móviles porque no quería llevarme una sorpresa desagradable delante de toda la redacción. En realidad la sorpresa me daba igual, lo que no quería que vieran era mi reacción ante la respuesta.

Cuando salí del ascensor y entré en la oficina Fernando me estaba esperando con su cara usual de búsqueda de información. Por supuesto que no me iba a dejar acercarme a mi escritorio antes de abordarme.

- “Espero que vengas bien hidratada, supongo que tienes mucho que contarme. ¿Encontraste a alguien en Facebook?, ¿quién te podría haber sugerido algo tan sencillo que a nadie se le ocurriría?”.
- “Modestia aparte siempre. Pues cuando conseguí encontrar algo interesante me quedé un poco... traspuesta...” - estaba diciéndolo cuando por supuesto me interrumpió. Y lo hizo como siempre, como si él supiera lo que iba a suceder luego, aunque pocas veces eso coincidiera con la realidad.
- “Vamos, que te quedaste dormida, ¿en serio? Seguro que además luego no le enviaste nada porque total, no iba a responder, o no sería él, o...” - ahora lo interrumpí yo.
- “O quizás simplemente le he mandado esta mañana un mensaje y estoy esperando a que me responda. Y no es “quizás,” lo he hecho - lo corté tajante - Y no, no me voy a dedicar a actualizar la bandeja de entrada cada dos por tres para saber si hay alguna respuesta”.

Creo que fue la primera vez que lo vi quedarse sin palabras. Por desgracia no me dio tiempo a documentarlo.

- “Si quieres llorar me avisas” - fue lo único que añadió antes de volverse en busca de su ordenador.

Lo miré con una mezcla de cariño y desesperación, y fui directa al despacho de Luis, para ver qué me contaba con respecto a lo que había encontrado en Salamanca. Y la verdad, también para dejarle caer algo sobre Manuel. Me cayó muy bien y lo encontré muy solo.

Iba a llamar a la puerta cuando desde dentro de la oficina Luis murmuró que pasara. Puerta que no tenía cristales por los que avistar a los que se acercaban. Uno de los poderes que acompañaban a la figura de mi director, además del que lo hacía parecer levitar por los pasillos.

- “¿Qué me traes de Salamanca?, ¿qué te traes tú?” - me preguntó.
- “Recuerdos” - le respondí, a lo que tuve que añadir algo porque mis nervios se palpaban en el ambiente - “Manuel me ayudó mucho, y puede que me haya dado un nombre clave”.

Le estuve enseñando todo lo que me había traído de la ciudad castellana y le comenté el tema de la búsqueda en internet del posible descendiente de mi clave. Volvió a poner su mirada de aprobación, mientras me invitaba a seguir trabajando.

- “Luis, ¿puedo comentarte algo extralaboral? Sé que no soy muy dada a ello, ni tú...” - me cortó en seco en ese momento.
- “Si me vas a decir lo mucho que me echa de menos Manuel, puedes ahorrarte las fuerzas, ya lo sé” - hizo una pausa que pareció durar una eternidad - “¿Qué fue lo que te contó?”.
- “Nada, simplemente parecía muy solo y creí que lo echaba de menos...” - le dije en voz baja, mientras sentía cómo me echaba del despacho sin decir palabra - “Vuelvo al ordenador. Te tendré informado si encuentro algo más”.

Cuando iba de vuelta por el pasillo, no podía parar de pensar qué era lo que habría distanciado a Luis y Manuel, pero también si habría recibido respuesta del supuesto familiar de mi pista. Sin embargo, llegué al escritorio y me contuve de mirar el móvil y de mediar palabra con Fernando, que me miraba por encima de la pantalla de su ordenador, como si creyera que yo no lo estaba viendo. O quizás lo que esperaba es que lo viera.

Preferí hacer caso omiso a mis pensamientos y a las miradas de soslayo para comenzar la odisea que suponía el arranque de mi ordenador cada mañana. Después de quince minutos, el ruido que vaticinaba una explosión había parado, y en el fondo de pantalla ya se veía “El jardín de Giverny” de Monet.

Me había propuesto contactar con alguien de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, un proyecto que llevaba funcionando desde el año 2000 y que se encarga, entre otras cosas, de la exhumación e identificación de las víctimas de la represión franquista. En un principio mi pretensión era hacer un par de entrevistas para que la gente viese a qué se dedicaban y cómo conseguían sus cometidos, pero también quería ver si podía obtener algo jugoso con respecto al caso del padre de mi abuela.

Aunque me cogieron el teléfono al primer toque de espera, me pasaron con tres personas distintas antes de llegar a la que me interesaba, uno de los arqueólogos voluntarios que trabajaba para la Asociación. Se llamaba Alejandro y acababa de terminar la carrera, pero llevaba colaborando desde su segundo año de estudios. A pesar de que mi contacto vivía en Madrid y se dedicaba a trabajar normalmente por esa zona y por Castilla La Mancha, me propuso que nos viéramos en un par días, ya que venía a Sevilla a impartir una lección en un curso en la Facultad de Historia.

Cuando colgué el teléfono, Fernando estaba mirando otra vez por encima de la pantalla. Aunque podría no haber dejado de mirar.

- “Te ofrezco un plan” - le dije - “¿quieres venir conmigo a unas conferencias sobre la memoria histórica en España? El chico que la imparte me va a conceder una entrevista, y puede que me facilite algo de información para descubrir más sobre mi bisabuelo”.

- “¿Tú quieres que vaya?” - me respondió, pero no me dio lugar a asentir cuando de nuevo las palabras empezaron a brotar de su boca - “Voy a ir, porque lo mismo se te escapa algún detalle importante. Luego te invito a algo” - finalizó para por fin volver al trabajo.

Lo que quedaba de jornada lo aproveché para seguir buscando información sobre la asociación, en el reportaje quería que a los lectores les quedara claro la utilidad de la misma. Estaba muy cansada de escuchar durante años para qué servía eso de la memoria histórica o por qué la gente se encargaba de “abrir ese cajón de mierda”. La falta de empatía me hacía rabiar tanto que sin darme cuenta empecé a rechinar los dientes como cuando era pequeña. Paré después de que mi pantalla decidiera irse a negro para dejarme reflejada en ella.

Volví de nuevo a iniciar el proceso de encendido del ordenador antes de irme a tomar un café de la máquina. Cuando me lo estaba tomando mientras miraba el sol en lo alto desde la ventana, pensaba sobre cómo iba a pedirle a Luis un ordenador nuevo. Nos faltaba dinero hasta para encender la calefacción, y ahora iba yo encima a pedir que se gastaran dinero en mí, ¡si casi les salía más barato despedirme!

Al volver a mi escritorio pasé por delante del despacho de Luis y lo escuché hablando por teléfono. La suerte hizo que la primera palabra que escuchase fuese Manuel, lo que provocó que la curiosidad pudiera conmigo y me apostara en la puerta color caoba a escuchar hasta el cuelgue de teléfonos.

Estuve cinco minutos apoyando mi oreja derecha en la puerta, tan obnubilada por la situación que cuando escuché el ruido del telefonazo y los pasos hacia la puerta se me olvidó despegarme de ella. No pude hilar las palabras cuando vi salir a mi jefe.

- “¿Ya estás satisfecha?” - me preguntó con una calma que no era la que sigue a la tempestad - “Supongo que te has enterado de todo. Y espero que hayas comprendido por qué no necesito saber de él más de lo justo y necesario”.
- “Lo siento” - tartamudeé - “Yo venía a pedir que...”.

- “Tranquila, no me importa. Al fin y al cabo eres una periodista, la curiosidad forma parte de tu naturaleza” - respondió ya más sereno, como si verdaderamente no me estuviese reprochando nada.

Después de eso se volvió a encerrar en sus cuatro paredes de color verde menta disuelta. Una amiga la definió así cuando la invité a la redacción para enseñársela. Yo hice lo propio.

Nada más meter la llave en la cerradura de mi casa empecé a escuchar el ruido de las notificaciones de mi teléfono a pesar de que estaba en el fondo del bolso. Aunque había desactivado los datos móviles, había olvidado desconectar la conexión wifi.

La espera del ascensor se me hizo eterna, pero no estaba dispuesta a subir a un noveno a pie. Al entrar en el piso solté las llaves en la entrada y el bolso encima del sofá para irme flechada a la mesa donde estaba el portátil.

Abrí Facebook y allí estaba en la esquina superior derecha, una notificación de un mensaje privado. Mientras dirigía el ratón hacia el bocadillo notaba la zona izquierda de mi pecho acelerándose. Sí, era él, me había respondido, ¡y en español! De ahí ya deduje que muy desencaminada no había ido en mis averiguaciones. Eso, o era profesor de castellano.

“Buenas tardes Lola”, empezaba el mensaje. Leí el texto entero sin tomar aire a pesar de la presencia de los signos de puntuación, y cuando terminé procedí a hacerlo de nuevo, ya de forma más pausada. Al parecer Daniel Le Goff Esteban fue su tío, aunque él nunca lo llegara a conocer. Le Goff nació del noviazgo entre un fotógrafo francés que vino un verano a Andalucía y una joven limpiadora que dio a luz con tan solo quince años. El fotógrafo tenía veintiséis. Después de estar dos años en España, decidieron llevar su familia a Francia. Una vez que Daniel fue más mayor, con dieciséis años decidió venir a España para visitar a sus abuelos, pero acabó quedándose.

En Sevilla, comenzó a trabajar en el campo, en las tierras de arroz, ayudando con su jornal a su familia, pero, por desgracia, a los meses de su llegada, su abuelo enfermó y murió. Su abuela sin embargo superó las miserias de la guerra, pero nunca tuvo el valor de informar a los padres de Daniel de su muerte. La limpiadora y el fotógrafo se enteraron

de la desaparición de su hijo tres años después de terminar la guerra, y ella nunca le perdonó a su madre el habérselo ocultado. Los abuelos de Daniel Esteban, los padres de Daniel Le Goff, temieron hasta su muerte iniciar la búsqueda de su hijo. Además, no sabían nada de ello, sólo que se había estado escondiendo del ejército franquista en las orillas del río junto con otros hombres.

Sin embargo, Esteban, profesor de historia en Francia, decidió investigar por su cuenta cuando conoció la vida, corta, de su tío. De ahí sus viajes a España, en concreto a la localidad de Coria del Río.

Después de leerlo cinco veces seguidas, fui a prepararme un café. Cuando empecé a teclear mis manos lo hacían a golpes y no era capaz de poner en orden mis pensamientos, quizás si le hablaba en exceso de mi caso en particular iba a pensar que era una aprovechada, pero tampoco quería dejarlo de lado por una falsa cortesía. Tras una hora y media, había escrito dos párrafos medianamente decentes, que, después de conseguir la aprobación de la amiga de las paredes verde menta disuelta, envié.

Gracias al subidón de energías que me había provocado la respuesta, y el café, me decidí a hacer algo que había evitado desde que empecé el reportaje y desde que tengo memoria: iba a hablar con el hijo del hombre que había delatado la posición de mi bisabuelo. Sabía donde vivía desde que yo tenía doce años, e igualmente sabía que no había cruzado palabra con nadie de mi familia materna nunca. Eran las seis de la tarde y no pude esperar al día siguiente. Salí del portal, ahora con los datos móviles activados y en busca del coche.

Veinte minutos después estaba aparcada frente a su puerta, que había sido de color marrón oscura pero que estaba sufriendo los estragos del tiempo. Una de las persianas estaba echada hasta abajo, la otra a medio abrir. O cerrar. Le eché un vistazo a mi bandeja de entrada de Facebook y abrí la puerta del coche. Cuando me quise dar cuenta mi puño estaba dándole a la puerta.

Después de intentarlo un par de veces me abrió una señora, su mujer. Tenía las ojeras y los pómulos mucho más marcados de lo que yo recordaba.

- “No queremos nada de lo que usted vende. Ya tenemos quien nos revise el gas, se lo he dicho antes a su compañero” - me soltó nada más verme.
- “No vengo a venderle nada señora. Me gustaría hablar con su marido, ¿sería eso posible? Soy Lola, la nieta de...”.
- “Déjame que te vea. Sé quién era tu abuela, hablas igual que ella” - me cortó - “Creo que te equivocas al venir aquí hija, él ni siquiera había nacido por aquellos entonces. ¿Qué va a saber que tú no sepas ya?”.
- “No sé, quizás no se trate de saber o no, sino de recordar” - recalqué. De pronto se escuchó una voz seca de dentro de la casa que indicaba a la mujer que me dejase entrar. Era Emilio, únicamente lo había escuchado hablar una vez en el mercado, y aún recuerdo el escalofrío que me recorrió el cuerpo. Era delgado, llevaba las patillas recortadas y oscuras y el tabaco estaba acabando con la poca juventud que le quedaba. Todavía él le ganaba el pulso.

Rosario, su mujer, me invitó a pasar delante de ella, y me llevó por un pasillo lleno de fotografías de bodas, cumpleaños, navidades, una jura de bandera... Y al fondo, en un sillón de cuero estaba él. Esta vez acompañado de un respirador.

- “Buenas tardes, Emilio, creo que es hora de que hablemos de algunas cosas, antes de que se nos escape el tiempo” - solté sin tapujos.
- “Tienes la misma poca educación que la mayoría de tu familia. Te presentas en mi casa y vienes exigiendo, cuando sabes que no tienes derecho y que yo no tuve nada que ver...” - estaba diciendo cuando le corté.
- “Yo me he presentado y usted me ha invitado a pasar” - le espeté - “écheme si cree que será lo mejor”.
- “¿Quieres saber lo que hicieron con el rojito de tu abuelo?”
- De hecho, sí, y me gustaría saber por qué su padre decidió venderlo, a él y a siete más. Me gustaría saber en qué momento decidió que sus vidas no valían lo suficiente.
- Mira, niña, tú no sabes de la misa la media, mi padre era un hombre de bien, honrado, que sólo quería lo mejor para su familia y su país, algo que no iban a favorecer esos mierdas. Unos acabaron en el barco-cárcel, otros en cunetas, ¿qué más da ahora? Lo que queda es olvidar.

- Su padre era un cobarde que se arrimaba al sol que más calentase - le dije mientras me levantaba - con lo que usted me ha dicho, me queda claro la clase de persona que es, no necesito saber más. Dele de beber al aguilucho, porque le queda toda la vida de sequía - le dije haciendo referencia a un cuadro de cerámica que tenía con la bandera franquista.

A medida que me iba acercando a la puerta lo iba escuchando farfullar burradas sobre la libertad de expresión, pero se le apagó la voz y tuvo que usar la máquina de oxígeno. Cuando el aire llegó a sus pulmones se levantó y empezó a recorrer el pasillo detrás de mí.

- “¿El oxígeno le ha ayudado con su memoria, Emilio?” - le pregunté volviendo a la carga.
- “Sólo quiero que sepas, que mi padre no fue el único, no fue sólo él el que delató a los que estaban en el río” - respondió.

Preferí meterme en el coche asqueada por sus palabras antes que contestarle de nuevo. Después de haberlo escuchado hablar durante apenas diez minutos, me volvió a recorrer el cuerpo el mismo escalofrío que sentí a los doce años. Puede que Emilio ni siquiera hubiera nacido cuando su padre hizo aquello, pero sin duda había heredado su intolerancia e ignorancia, a pesar de haber conocido dictadura y democracia.

Sabía que había sido dura en el trato con ese hombre, había intentado ser lo más educada posible, pero la sombra de su padre aún seguía siendo alargada. El padre de Emilio, el delator de los de la orilla del río, se llamaba Ernesto. Cuando su hijo contaba con unos tres años se suicidó. La gente decía que no podía soportar la presión de lo que había hecho, las miradas de castigo de la gente del pueblo sobre él.

Cuando llegué a casa llamé a Fernando para acordar la hora a la que íbamos a ir a la conferencia de Alejandro, pero de forma increíble no me cogió el teléfono. Creo que era la primera vez desde que nos conocíamos que sucedía eso.

Miré el reloj y eran las diez de la noche, así que decidí meterme en la ducha y cenar para irme directa a la cama. Cuando soñaba con una visita al museo, el hilo musical de la sala

que estaba visitando cambió de canción. Era la pieza de la banda sonora que tenía seleccionada como tono de llamada. Eran las dos y Fernando estaba llamándome.

- “Hola, sé que te he despertado, pero fuiste tú la que llamaste, ¿qué querías?” - preguntó en un tono vitalista pero forzado.
- “Nada, nada, no era importante, podías haberme escrito. Era para recordarte que la conferencia de Alejandro sobre la memoria histórica es mañana a las doce en el Rectorado, ¿vienes verdad?” - le pregunté.
- “Sí. Entonces si era sólo eso te dejo dormir de nuevo”.
- “Yo necesitaba sólo eso, ¿y tú?, ¿qué es lo que quieres?” - intuía que la respuesta no iba a ser algo simple.
- “Es mi madre. Otra vez, Lola, cuando creíamos que ya estaba todo bien, ha vuelto. Ella parece fuerte, pero yo no lo soy”.
- “Si no lo fueras ni siquiera serías capaz de confesarlo. ¿Quieres venir a tomar algo? Preparo café y me cuentas” - le propuse.
- “Menos mal, porque estaba en tu puerta, y la verdad es que me daba pereza volverme a casa a esta hora y después de la caminata” - me dijo.
- “¿Sabes que tengo marcado el número de emergencias en el móvil, no? Sube anda, que te abro”.

La madre de Fernando llevaba desde que él tenía dieciocho años luchando contra el cáncer. Se había recuperado y vuelto a ella un número desesperante de veces, pero jamás lo había visto tan preocupado. Decía que era por la cara que le había visto al médico, que no miraba igual que otras veces, que a veces se le iban los ojos a la pared que tenían detrás de ellos mientras les explicaba lo que pasaba.

En una de mis visitas a la cocina para recargar su taza se quedó dormido en el sofá. Sin embargo, yo no corrí la misma suerte, y el exceso de cafeína de mi cuerpo me impedía dormir, así que decidí aprovechar el tiempo y buscar nuevos informes sobre las supuestas fosas comunes de la zona de Sevilla, para poder cerrar más el círculo con Alejandro al día siguiente. Sentía que estaba más cerca que nunca de poder conseguir algo que arrojara un poco de luz en mi búsqueda, algo que fuese capaz de sacar del cajón la historia del padre de mi abuela, pero también la de muchos otros.

Capítulo 4: Memoria para el olvido

A las siete de la mañana escuché a Fernando estirarse en el sofá. Yo sólo había dormido una hora por los nervios que se habían acoplado en mi estómago. Sin embargo, había podido sacar algo bueno del insomnio. Había encontrado un documento que publicaron en un reportaje del año 1994 en un periódico de tirada nacional. El periodista había entrevistado a un militar del ejército franquista, cuya zona de actuación se había centrado en el Aljarafe sevillano, y señalaba fosas que no se encontraban en los documentos que se habían elaborado con posterioridad. Iba a compartir con Alejandro la averiguación.

- “¿Qué tal? Parece que el café no tuvo mucho efecto en ti, ¿has descansado bien?” – le pregunté desde mi habitación.
- “¿Dónde decías que compraste este sofá? La chaise-longue es más cómoda que mi cama, ¿estás nerviosa?” – me dijo todavía con la voz dormida.
- “Ya sabes la respuesta. Vamos a ver a una persona que quizás pueda ayudarme a desenterrar lo que lleva años bajo tierra y es lo único que me falta para cerrar el reportaje, ¿tú qué crees?” – respondí – “Voy a ducharme, si quieres desayunar ya sabes dónde está la cocina”.

Cuando salí de la ducha estaba mirando al infinito por la ventana, aún desde el sofá y sin desayuno por delante. Me senté a su lado todavía con la toalla a modo de vestido.

- “¿Quieres llorar?” – le hice la pregunta que él me había hecho prácticamente cada semana desde que me conoció. Sonrió y respondió.
- “La verdad es que sí, pero creo que no sé. Por primera vez creo que podrías enseñarme tú algo a mí” – respondió rebosando fanfarronería.
- “Te perdono la actitud porque al menos te has reído algo” – le respondí y pasé a abrazarlo.

Pasaron cinco minutos hasta que reaccionó a hacer algo más que mirar por la ventana mientras apoyaba la cabeza en mi hombro, aún húmedo por la ducha, y ahora también por sus lágrimas que se confundían entre las gotas de agua.

- “Bueno, vamos a activarnos que querrás estar allí antes de que abran la facultad, conociéndote deberíamos haber hecho noche frente al Rectorado” – dijo esta vez con fuerza. Se enjugó las lágrimas y se dirigió a la cocina – “No sé por qué te gustan tanto los croissants”.

Mientras él desayunaba yo aproveché para vestirme y meter en el bolso el portátil y todo lo que ya iba a formar parte del reportaje. Cuando bajé ya estaba esperándome en la entrada. Lo invité a salir antes que yo, y mientras cerraba la puerta susurró algo que no logré escuchar pero que logré intuir.

- “¿Qué dices? No sé si es que has hablado muy bajito o que se me ha colado algo de agua en los oídos mientras me duchaba”.
- “Digo que gracias, no sabes lo que significas para mí” – contestó haciendo la declaración de intenciones más explícita que le había oído desde que empezamos a conocernos. Yo, por mi parte, me dediqué a bajar la mirada y a ponerme roja, a lo que respondió echándome el brazo por encima.

Cuando estábamos llegando a las puertas de la facultad reconocí a alguien y se lo dije a Fernando.

- “¿Ves a aquel chico joven de allí? Creo que es Alejandro, el arqueólogo de la memoria histórica” – apunté.
- “¿No me habías dicho que sólo habías hablado con él por teléfono? Espera, ¿por qué siquiera te estoy preguntando eso? Lo has buscado en internet y en las redes sociales, por supuesto que sí. Sigues siendo una rara”.
- “Según su perfil de LinkedIn es muy bueno. Matrículas de honor y primeros puestos en concursos. Trabaja además desde que acabó la carrera y tiene una beca de investigación. Creo que me voy a acercar a él, ¿vienes?” – le pregunté mientras me miraba como si creyera que también lo había averiguado todo sobre su vida gracias a las nuevas tecnologías. Y lo había hecho. Me respondió que no cuando yo ya me dirigía hacia Alejandro.

El chico era alto y delgado, todavía andaba con un toque desgarbado propio de la adolescencia, pero transmitía una especie de seguridad que yo le atribuí a su mirada. Lo llamé por su nombre y volvió la cabeza hacia mí.

- “¿Eres tú verdad? Soy Lola, la periodista que habló contigo por el tema del reportaje de la memoria histórica, me invitaste a asistir a las jornadas y me dijiste que podríamos hablar luego” – le dije de forma atolondrada por los nervios.
- “Claro que me acuerdo, ¿cómo has sabido que era yo? Bueno, eso no importa mucho. Encantado de conocerte, cuando acabe la ponencia podemos ir a tomar

algo y así hablamos en un ambiente más distendido, ¿te parece?” – preguntó, a lo que yo asentí con la cabeza.

- “Voy a volver con mi compañero y ahora nos vemos dentro. Muchas gracias por todo de antemano”.

Mientras Fernando y yo nos dirigíamos al aula iba pensando en el número de personas que asistirían y tenía miedo de que fuera escaso, porque sería una prueba más de la pérdida de interés por el tema y porque me sentiría mal por Alejandro. Aunque tampoco quería que la clase se llenara de esos alumnos parásitos que sólo asisten para echar una firma y conseguir créditos.

Para mi sorpresa, y creo que también para la de mi acompañante la clase estaba llena, incluso había un par de personas de pie. Y si hubo algo que me motivó es que había gente relativamente joven. Había futuro.

Alejandro abordó diversos temas en su ponencia, todos en relación con la memoria histórica y luego abrió un turno de preguntas que demostró el verdadero interés de los allí presentes. Me llamó especialmente la atención la de un chico, de unos diecinueve o veinte años que preguntó por los trabajos que se estaban desarrollando en una fosa común de Jaén, así que cuando acabó la charla me acerqué a él.

- “Hola, perdona, me llamo Lola y soy periodista” – me presenté – “He escuchado tu pregunta y me ha llamado mucho la atención” – aunque no fue sólo eso, sino también su mirada mientras la hacía – “¿Por qué tienes especial interés en esa zona?” – le pregunté.
- “Hola, soy David y vivo en un pueblo de Jaén, pero estoy estudiando filología hispánica aquí. Es un tema viejo, un tema familiar. Sé que hay gente que no se lo toma en serio, pero es que no veo que se haya hecho ninguna justicia con los desaparecidos de la guerra. Es por un hermano de mi abuelo, el mayor. Él sólo recuerda que se lo llevaron mientras almorzaban, no sabe nada más, y no quiero que se muera sin saber qué pasó” – acabó diciendo mientras bajaba el tono de su voz.
- “Estoy preparando un reportaje sobre la memoria histórica, trabajo en este periódico” - le di mi tarjeta de visita – “En mi familia pasó algo parecido. Si te apetece participar en lo que estoy haciendo me puedes llamar al teléfono que aparece ahí” – le dije en tono maternal, a pesar de que sólo le sacaba unos años.

- “Vale. Creo que es importante, ¿sabes? No olvidarlos y para eso alguien tiene que darles voz” – me dijo para después despedirse prometiendo una llamada.

Cuando David ya se estaba yendo, Fernando y Alejandro estaban esperándome en la puerta enfrascados en una conversación sobre alguno de los puntos que el arqueólogo había abordado en su charla. Decidimos que sería buena idea ir a tomar algo para abrir boca de cara a la conversación. Dos cervezas y un refresco fueron los entrantes.

Primero estuve entrevistando a Alejandro en relación con su labor en la asociación y sobre la misma, pero estaba ansiosa por abordar el tema personal, aunque sabía que no debería restarle protagonismo al resto del reportaje. Después de cuarenta y cinco minutos y un par de cervezas más, el turno de preguntas y respuestas había terminado. Apenas había acabado de responder la última cuestión, lo abordé preguntándole sobre las fosas comunes que quedaban por investigar.

- “Tengo unas cuantas preguntas más para ti... He encontrado información sobre ciertas fosas comunes que no tenéis registradas en vuestra web. Y me interesa una especialmente localizada cerca de Sevilla. Una cuestión personal” – le aclaré mientras notaba la mirada de Fernando clavada en mí.
- “Déjame ver, si hay algo en lo que podamos ayudar estaré encantando de tenderte la mano” – me dijo mientras le echaba un vistazo al reportaje de hacía veinticinco años – “No es la primera vez que veo esto, alguien más ha enviado algo al mail de la asociación al respecto. Creo que no eres la única interesada en esta fosa. Está al lado de una cuneta de una de las carreteras que conecta el Aljarafe con Sevilla, pero el problema es que no es un dato del que estemos seguros” – comentó frunciendo el ceño.
- “¿Cuál es el problema? No es la única parte de la comarca en la que hay enterramientos, así que pensé que no tendría nada de particular...” – me interrumpió cuando intentaba argumentar mi propuesta.
- “El militar que dio ese dato padecía alzheimer, así que no podemos estar seguros de si eso que contaba era fruto de su imaginación, de la confusión o realidad. No estamos boyantes precisamente en fondos, y hay que estar muy seguro de qué es lo que queremos hacer, de dónde cavar...” – dejó unos segundos – “Lo siento”

Noté cómo el nudo de mi garganta empezaba a apretarse anunciando el llanto, pero lo contuve en el lagrimal. Me había sentido tan cerca de conseguirlo, pero como casi siempre, ahí estaba el impedimento del dinero.

- “¿Cuánto cuesta abrir una fosa, Alejandro?” – preguntó esta vez Fernando mientras yo intentaba tranquilizarme.
- “Sinceramente no te lo puedo decir. Los arqueólogos siempre vamos como voluntarios, pero hay que comprar material, pedir permisos, alquilar la máquina excavadora... Depende de muchas variables, desde la profundidad a la que estén los cuerpos, si es que los hay, hasta los días en los que se esté trabajando” – respondió con toda la profesionalidad posible, como si se hubiera implicado demasiadas veces y hubiera sufrido por ello.
- “¿Podrías elaborar un informe? Quizás podamos encontrar alguna donación además del dinero que se pueda aportar desde la asociación. El mayor riesgo lo asumiríamos nosotros” – dijo mi compañero.
- “Fernando, este no es tu tema, es cosa mía, no es necesario que quieras facilitarme el camino, no...” – empecé a decir.
- “No eres la única que está sufriendo por esta situación, tú más que nadie sabes cuántas personas fueron asesinadas y olvidadas, ¿no crees que si tú consigues algo puedes enseñar a recordar a los demás? Déjame ayudar” – me dijo mirándome a los ojos.
- “Lola, por parte de nosotros no quedará, tendréis un informe la semana que viene, tal vez podamos hacerlo sin la donación, pero no te puedo asegurar nada. Prefiero hablarte claro en lugar de darte falsas esperanzas. Pero hazle caso a Fernando, déjate ayudar para hacerlo con los demás también”.

Callé para mostrar que estaba de acuerdo, porque el nudo de la garganta estaba apretándose otra vez, y sentía que si lograba articular palabras acabaría inundando el bar en el que estábamos.

Después de una hora nos despedimos y nos ofrecimos a dejar a Alejandro en la estación de tren. Fernando y yo terminamos pidiendo comida a mi casa y coronamos la cena con un helado.

- “Oye, ¿qué fue lo que escuchaste al pegar la oreja a la puerta del despacho de Luis? Aún no me lo has dicho y estoy ya ansioso, ¿motivos laborales?, ¿de herencia?”.

- “Ojalá hubiera sido eso... ¿sabías que Luis había estado casado? Pues lo estuvo, durante ocho meses. Al parecer Manuel era un poco bala perdida en su juventud y una vez se emborrachó y era incapaz de volver a casa solo, así que llamó a su hermano. La esposa de Luis se ofreció a ir, y cuando volvía a casa con él, tuvieron un accidente de tráfico. Ya te puedes imaginar el resto...” – le expliqué mientras recordaba la mirada de Luis al salir del despacho.
- “Yo soy yo y mis circunstancias” – comentó Fernando.
- “¿Esa idea también se la cediste tú a Ortega?” – le pregunté en tono sarcástico.
- “No. Ya sabes por qué Luis es cómo es, por qué tiene el carácter que tiene. Seguirá culpando a Manuel en su fuero interno hasta que se vaya de este mundo, aunque no quiera. Supongo que le costará mirarlo a los ojos. Puede que por eso acabara aquí”.

Esa noche Fernando volvió al sofá, y yo caí en el insomnio, que aproveché esta vez para empezar a montar el reportaje. Me había propuesto llevárselo a Luis al despacho a primera hora de la mañana, quería su visto bueno y lo quería ya.

A las seis de la mañana, cuando aún quedaban dos horas para que abriera la redacción, al menos oficialmente, recibimos todos los trabajadores del periódico un mail del director. Nos tenía que contar algo importante y nos citaba media hora antes de lo usual. Fui a despertar al bello durmiente del salón, pero estaba con los ojos de par en par mirando al techo.

- “¿Has visto el mail, verdad? Yo creo que tampoco será nada bueno. Quizás Luis vaya a dejar el periódico, o quizás lo haya cesado el consejo editorial, todo el mundo sabe de sus desavenencias...”.
- “Sí, puede que sea eso, ¿vamos?” – me preguntó.
- “Un momento, voy a guardar una copia del reportaje en el pen drive. Te mando una a tu correo, ¿vale? Quiero saber tu opinión, aunque lo dejaré abierto hasta ver si David se decide a llamarme, el chico que intervino ayer en la ponencia”.

Cuando llegamos a la oficina estaba allí la práctica totalidad de la redacción, cada uno sentado en su zona de trabajo y Luis de pie en el pasillo. Nunca lo había visto tan serio ni tan triste.

- “Buenos días a todos, me gustaría estar delante de vosotros para contaros un despido, el mío, pero por desgracia no es sólo ese el que se va a producir. Después

de cuarenta años de historia, este periódico cierra rotativas” – sentenció, haciendo una pausa durante la que se dedicó a mirarse los zapatos.

La desesperación del momento me hizo mirar a mi alrededor de forma compulsiva, pero el mismo jarro de agua fría nos había bañado a todos. Noté una mano encima de la mía. Allí estaba, sólo que ahora sin mirar por encima de la pantalla, al lado de mí, de pie, Fernando.

- “Lo siento en el alma por todos, por el periódico, por las historias y por la gente. No he querido avisaros antes para no influir en vuestro trabajo, quería teneros al pie del cañón hasta el final. Se ha luchado, pero se ha perdido. Este viernes sale a la venta el último número del periódico. Incluiremos un especial de la vida del diario y la carta del director y las tribunas estarán relacionadas con la temática del cierre, no sólo del nuestro, sino también de los que ya se vieron obligados a hacer lo mismo. Gracias a todos, y ahora, seguid con vuestro trabajo”.

Luis se fue a buscar el despacho de las pareces color verde menta disuelta, mientras Fernando y yo empezamos a mirarnos sin mediar palabra, hasta que decidí romper el silencio.

- “¿Qué voy a hacer?, ¿quién va a querer publicar este reportaje ahora? Lo de ayer de la fosa y ahora esto, ¿es un programa de cámara oculta y no me he enterado?, ¿es mi show en vez del de Truman? No puede ser, me niego” – dejé a Fernando con la palabra en la boca y me fui en busca de Luis.

Entré sin llamar a la puerta y lo encontré con la cabeza entre las manos y la habitación aún a oscuras.

- “¿Por qué nos hacen esto?, ¿por qué nada de lo que hacemos en condiciones puede seguir adelante?, ¿qué es lo que van a montar ahora aquí?, ¿una nueva sucursal de uno de los banquitos de los del consejo editorial?, ¿quién nos va a contratar ahora?, ¿quién va a querer publicar esto?” – las preguntas salían de mi boca como si fueran metralla.
- “Ya he dicho que lo siento Lola, ¿qué más quieres?” – me respondió sin levantar el rostro – “Déjame aquí eso que has escrito, quiero verlo de todas formas. Vete”.

Le dejé el reportaje encima de la mesa y salí del despacho dando un portazo. La mañana transcurrió como el resto, con el ruido de las teclas de fondo, con el traqueteo de la fotocopidora y con los teléfonos sonando. Me quedé sola hasta tarde, y me acerqué a la

ventana de al lado de la máquina del café. Sería la última vez que vería desde allí el cielo. Me monté en el ascensor, y el nudo que llevaba desatando días empezó a ahogarme hasta que rompí a llorar.

Llegué a casa y me eché en el sofá. David no había llamado, y la poca ilusión que me quedaba por sacar el reportaje adelante se iba disipando. Lo último que recuerdo antes de quedarme dormida es que uno de esos programas de la prensa rosa iba por su tercera hora de emisión. Y nosotros en la calle.

Me desperté a las dos de la madrugada, me bañé y me volví a acostar. Puse el despertador como hacía usualmente, para quitarlo cuando caí en que a la mañana siguiente no me haría falta.

Una semana y muy pocas horas de sueño después, sonó el teléfono mientras hacía magdalenas de limón. Número desconocido. Todavía no se habían enterado de que no me iba a cambiar de compañía, y a pesar de que no pensaba aclarárselo al que fuese por quincuagésima vez, la insistencia me hizo descolgar.

- “¿Eres Lola? – me preguntó una voz que conocía pero que era incapaz de asociar a nadie”.
- “Sí, ¿de parte de quién?” – contesté en tono seco mientras sacaba una hornada de pequeños bizcochitos.
- “Soy David, ¿te acuerdas? Me diste tu tarjeta en la conferencia sobre la memoria histórica. Quiero hablar sobre la historia del hermano de mi abuelo, ¿puede ser?” – me preguntó.
- “¿Me perdonas unos minutos, David?, ¿te importa si te llamo yo en un rato?”
- “Claro, no te preocupes, ahora hablamos”.

David me había visto una vez, pero, sin embargo, se acordaba de mí. Yo llevaba trabajando en un mismo reportaje un mes y medio y no lo había mirado desde hacía una semana. Yo, que quería fomentar el recuerdo, estaba abogando por el olvido. Por unos momentos me sentí la peor persona del mundo. Justo estaba dando de lado a lo que yo misma había estado defendiendo a capa y espada. Estaba dando de lado la lucha de mi abuela.

Veinte minutos más tarde, dos magdalenas de limón e infinitos reproches después, decidí llamar a David. Descolgó al primer toque. Lo primero que le pregunté fue por qué había llamado.

- “Fuiste tú la que se ofreció para que te llamara, yo quiero a alguien que haga recordar y tú tienes una voz” – me respondió.

Dudé entre contarle lo del cierre del periódico o no. Me decanté por la segunda opción. Puede que no lo fuese a publicar donde esperaba, ¿pero por qué no en otro sitio cuando ahora existen más posibilidades que nunca?

- “Llevas razón David, es hora de que el olvido se haga memoria. Pongo la grabadora y empieza cuando quieras” – le dije.

Después de una hora y media, David y yo habíamos cerrado la conversación, y yo había quedado en llamarlo cuando el reportaje se publicase. Fui corriendo a pasar la conversación a mi ordenador para poder incluirla en el texto. Quizás no estaba todo perdido.

Había pasado la hora de la merienda pero yo seguía escribiendo y ya iba por la cuarta magdalena. Fue entonces cuando entró un mail de Luis. No había hablado con él desde mi entrada en desbandada en su despacho. Sentí vergüenza por unos momentos, pero abrí el correo.

“Buenas tardes, Lola, sé que no lo habíamos planteado así, pero sé lo importante que era para ti lo que tenías entre manos. Perdón por haberme tomado la libertad, pero he enviado tu trabajo a algunos amigos y me han hecho una propuesta para ti. Si estás interesada puedes mandar un mail a la dirección que te adjunto al final. Muchas gracias por tu tiempo y por tu curiosidad.”.

Cuando acabé de leerlo ni siquiera sabía qué hacer. Hubiera llamado a Fernando, pero estaba con su madre en el hospital. Sin embargo, una valentía que desconocía en mí me hizo escribir y después de haber revisado el texto solo una vez, pulsé enviar. Ya estaba hecho.

El arrebato de arrojo me hizo abrir una carta cuyo remitente era la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica. La tenía encima del mueble de la entrada desde que había llegado hacía cuatro días. Rasgué una de las esquinas, pero tuve que coger un viejo abrecartas que mi padre me había traído del trabajo cuando era pequeña.

No eran buenas noticias, pero tampoco eran las peores. Habían aceptado investigar la zona, remover la tierra para ver si había algo más que eso, pero el presupuesto con el que contaban era bastante ajustado, por lo que sugerían que buscara algún donante que aportara el resto. Al menos no había sido una negación en rotundo. Se iba a intentar, después de noventa años se iba a intentar.

Noté cómo una lágrima que no me preocupé en limpiar bajaba por mi cara, y pensé en mi abuela. Pensé en toda su vida, o al menos en lo que yo había podido saber de ella. Yo le debía no dejar a su padre en el olvido, era lo que ella me había enseñado, ser buena persona y luchar hasta el final.

Por primera vez desde que Luis nos reunió para hablarnos sobre el cierre del periódico sentí una bocanada de aire fresco. Sentí que todo no se había acabado, que el trabajo que había hecho tenía que ver la luz, cuando fuese y del modo que fuese, que la gente tenía que verlo. Me negaba a que fuese una pisada en el barro.

Antes de acostarme refresqué la bandeja de entrada del correo electrónico como diez veces, pero parecía que el contacto que me proporcionó Luis no estaba tan ansioso por hablar conmigo como yo de hacer lo mismo con él.

Al día siguiente, la alarma que aún seguía sonando a las siete me despertó, pero en lugar de apagarla y volver a echarme, me incorporé al ver de reojo una notificación nueva. Dos llamadas perdidas y un correo. Un correo. El correo.

Cuando lo seleccioné para abrirlo quise leerlo con los ojos entrecerrados, porque si era algo negativo, sólo quería verlo, borrarlo y taparme la cabeza con la almohada.

Al terminar de leerlo no me lo podía creer, ¿cómo no se me había ocurrido antes buscar en internet el nombre del contacto del dueño del mail? Probablemente el azúcar de las magdalenas me estuviera colapsando la mente. Sin darme cuenta mi cara empezó a parecer un afluente del Guadalquivir.

Era el director de uno de los periódicos regionales, Luis le había pasado mi reportaje y se ofrecía a publicármelo como *freelance*, pero eso no era lo único, estaba interesado en algo más. Al parecer, como después comprobé en el buscador, era uno de los accionistas de una pequeña editorial que había trabajado con algunos de los periodistas más comprometidos con los temas sociales. Tuve que leer el destinatario del correo diez veces para asegurarme de que no se había equivocado y que era yo.

Me proponía reunirme con él y con el resto de encargados de la editorial para tener una primera reunión y aclarar algunas cosas, con la idea de que en unos meses pudiese entregar un borrador de un libro sobre la memoria histórica. Decía que le había enganchado la estructura del reportaje y la forma de abordarlo. Salté de la cama y me vestí despacio porque tenía prisa. En menos de diez minutos había cogido un taxi y estaba frente a la puerta de la casa de Fernando, a pesar de que no sabía siquiera si estaba ya allí. Después de llamar un par de veces al timbre salió a la puerta.

- “Hay memoria para el olvido. Hay futuro. Las pisadas ya no serán en el barro” – le dije de nuevo emocionada, a lo que respondió con una sonrisa y un abrazo.